

tribus
urbanas

tribus

urbanas

EDITOR

Centro Cultural de España en El Salvador

CORRECCIÓN DE ESTILO

El Faro.net

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Contracorriente Editores

IMPRESIÓN

Comunicación y Mercadeo s.a. de c.v.

ISBN

Septiembre 2011 [Primera edición]

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del Centro Cultural de España en El Salvador.

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA EN EL SALVADOR

Calle la Reforma, #166
Colonia San Benito. San Salvador
info@ccepanasv.org
www.ccepanasv.org
(503) 2233-7300

Impreso en El Salvador/Printed in El Salvador

Índice

INTRODUCCIÓN

EMOS

PUNKS

REGGAES

METALEROS

HIP HOP

COLOFÓN

SKATES

PARKEUR

OTAKUS

Tribus urbanas en El Salvador | 06

Los emos: Más allá del juego de morir | 11

La inconformidad libertaria de los punks | 33

El trance a la armonía:
Baile y bocanadas a ritmo de reggae | 55

Los héroes prometeicos del metal | 73

Hip hop: La cultura del barrio y del baile frenético | 93

Otras tribus | 113

A rodar mi vida | 115

Parkeur y el deseo de fluir | 118

Quisieran ser japoneses | 121



Tribus Urbanas en El Salvador

Tribus Urbanas en El Salvador fue escrito para evidenciar que en nuestro país ser joven no siempre es sinónimo de ser pandillero. Hay otras formas de agruparse, de ser.

Independientemente de que esta investigación sea publicada dos años después de su realización, defiende su objetivo original: descubrir estas diferentes formas de ser de los jóvenes salvadoreños. Estos modos de vida, muchas veces vistos por nuestra sociedad con el cristal del prejuicio o de la incomprensión.

Una de las frases que más me impresionó, durante los dos meses que conversé y conviví en 2009 con unos setenta jóvenes pertenecientes a las tribus urbanas, fue la dicha por Mauricio Quijano, vocalista de la banda de rock metal *En memoria*, citando al poeta Roque Dalton «Las nuevas generaciones vienen con los cuchillos afilados exigiendo qué hicimos en nuestro momento».

Esta idea coincide con la percepción de que nuestros jóvenes han desenterrado «el hacha de guerra» en contra de la sociedad adulta y, paradójicamente, en la búsqueda de su propia identidad no dudan en vestir un uniforme que los

identifique con su grupo y los diferencie de los demás¹.

Ya lo diría, Michelle, en ese entonces discriminada por su entorno creyendo que era emo: «Para elegir un grupo lo que cuenta son los ideales, nosotros estamos buscando hacer algo diferente y por eso estamos buscando ser algo diferente».

Cubrir la vida de estos grupos fue, sin duda, un atrevimiento de mi parte y del fotoperiodista Frederick Meza.

Por varias razones. La primera porque en el país ni siquiera desde la academia y la antropología se había publicado un estudio con pretensiones de hondura, tratándose de un fenómeno social que apenas empezó hace unos veinte años, con claras influencias extranjeras, pero que han ido siendo reinterpretadas por los jóvenes salvadoreños.

La segunda, por toda la gente que nos dijo que investigar sobre los emos, punks, metaleros, reggae, hip hop, skates, parkour y otakus era una pérdida de tiempo y esfuerzo teniendo el país problemas más urgentes y trascendentales.

La tercera, por lo ambicioso de las metas que nos propusimos para describir a estos grupos, las decenas de entrevistas que tuvieron que procesarse y la confianza que fue necesaria generar con las fuentes en un periodo de tiempo relativamente corto.

En cuarto lugar, hasta por el uso del término, pues algunos estudiosos prefieren llamarles «cuasi grupos», ya que existen tribus históricas urbanas en el África, o un más genérico «juven-

tudes urbanas», puesto que otros académicos han llegado a considerar peyorativo el concepto que aquí blandimos.

Elegí seguir llamándoles tribus urbanas, en el sentido explícito del término, considerándolos grupos sociales con un origen en común, así como por tener usos y costumbres compartidas.

Y en quinto lugar, la conclusión de este proyecto fue difícil porque circunstancias ajenas a nuestra voluntad, pospusieron dos años la impresión del libro que ahora tienen en sus manos.

Sin embargo, también defiende la vigencia de esta investigación porque la actividad humana está en constante cambio y merece transformarse en documentación e historia.

Estoy además consciente de que para elegir a las cinco tribus principales de este trabajo, me guié por su cohesión, número de integrantes y cantidad de años que llevan como «escena». Aunque sé que hay muchas más tribus urbanas en El Salvador que merecen posteriores y agudas investigaciones.

Abordar el tema de la violencia también significó un reto, puesto que no se trataba de hacer una apología de estos grupos, ni presentarlos de forma aséptica, sino atisbar como curiosos foráneos, las entrañas de su vida cotidiana.

Cabe aclarar que algunos miembros de las tribus urbanas consumen drogas, violan algunas ordenanzas municipales y a veces llegan a enfrentarse físicamente con sus rivales o bien a infringirse daño a ellos mismos.

También se rozan con las pandillas, como el

caso de un grupo de emos, que usaban un pandillero como retaguardia de seguridad frente a un grupo de punks.

Sin embargo, la constante de estos grupos es la agrupación social, el compartir ideales, así como el consumo cultural común de música, actividades físicas y estilos de vestir. No la violencia, que sigue siendo la excepción, y a la que muchos miembros rechazan pidiendo a sus contemporáneos más unión y respeto entre «escenas». Reconociendo que tienen más aspiraciones en común que diferencias.

Este esfuerzo pues fue titánico, valga la repetición, y agradezco en primer lugar a todos aquellos que, al principio, hoscos o reticentes, decidieron hablar conmigo y compartir un poco de sus vidas y rituales. Es de ellos, y de la sociedad salvadoreña que necesita ver y comprender a sus jóvenes este libro.

En segundo lugar, quisiera agradecer a Juan Sánchez, ex director del Centro Cultural de España en El Salvador, porque fue gracias a su apoyo y visión que este proyecto pudo hacerse realidad.

Por supuesto, a mi compañero de fórmula Frederick Meza, y de quien destaco su capacidad de acercarse a nuestras fuentes, con naturalidad y respeto.

A El Faro, proyecto del que desde hace nueve años me he sentido parte y a cuya plana de periodistas considero un ejemplo del oficio y de la ética.

Al Centro Cultural de España en El Salvador y a su actual director, Fernando Fajardo, quien le

dio el último empujón a este proyecto.

Apunto que las tribus urbanas en El Salvador no desaparecieron en dos años, al contrario, se han ajustado y diversificado.

Si bien los emos, cuya tendencia a diluirse ya se vislumbraba en la presente investigación, son cada vez menos visibles, han aparecido nuevos grupos como los tectónicos, amantes de las coreografías de baile y las vestimentas fluorescentes.

Por último, recuerdo también la frase del director del Instituto Nacional General Francisco Morazán, José Antonio Hernández, quien me dijo, impávido, que sería mejor que los emos no existiesen.

Yo creo que todo ser humano tiene derecho a existir y que es un derecho humano la libertad de expresión y un valor cultivar la tolerancia. Sobre todo en un país como el nuestro, tanto tiempo asolado por la incomprensión entre compatriotas.

A todos aquellos que me aseguraron que este tema no es trascendente, les digo que sí lo es, y esta es nuestra mirada a un grupo significativo de jóvenes salvadoreños que como Mario, punk, quieren vivir al máximo su presente, sin dejar de soñar con un futuro menos ensombrecido que el que este país ahora les ofrece.

San Salvador,
miércoles 10 de agosto de 2011.

¹ Pere-Oriol Costa, José Manuel Pérez, Fabio Tropea, *Tribus Urbanas. El Ansia de identidad juvenil: Entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia* Paidós, Barcelona, 1996. Página 91.



NOMBRE DE TRIBU: **EMOS**

DEFINICIÓN:

Grupos de adolescentes que se integran por medio de una profunda identificación de amistad y comparten una estética particular: pelo liso, pantalones ceñidos, suéteres oscuros, ropa de colores, maquillaje con brillantina y delineador negro. Si bien algunos tienen tendencias depresivas, no significa que en realidad estén buscando matarse. La mayoría tiene planes a futuro.

CARACTERÍSTICAS DE LA TRIBU

1. **PELO:** Liso y cortado a tijerazos, caído sobre los ojos.
2. **MAQUILLAJE:** Delineador negro y brillantina
3. **COLOR DE LABIOS:** Casi siempre rosa o rojo.
4. **ROPA:** De colores pastel.
5. **PANTALONES:** Ajustados al tobillo.
6. **ZAPATOS:** All Stars y tenis.
7. **MÚSICA:** Emo core, scream emo. Grupos: Panda, El Sueño de Camila.
8. **ANTAGONISTAS:** Punks y, en general, las otras tribus urbanas los rechazan.

S
O
E
E

Los Emos: Más allá del juego de morir

Aunque lo más conocido sobre los emos es esa supuesta tendencia suicida, algunos de ellos aseguran que no hay ninguna exigencia ni siquiera de cortarse las muñecas para poder ingresar a un grupo emo. Y parece incierta su afición a la muerte.

En la calle, son los responsables de perseguir a los asaltantes, sicarios, violadores, narcotraficantes, homicidas... Pero ahora están en el salón de clases, recibiendo capacitación. Esposas al cinto, botas negras, pistola a la cintura, los agentes policiales miran atentos hacia una pantalla blanca que se despliega en la pared. Las láminas se suceden y muestran fotografías de chicas y chicos adolescentes con el flequillo tapándoles los ojos, usando ropa de colores pasteles, maquillados con un fuerte delineador negro y con pantalones ajustados al tobillo. Sí, la policía también tiene en la mira a los emos.

Estos policías pertenecen a la División de Servicios Juveniles y de Familia e intentan aprender a reconocer a esos chicos de suéteres negros o rayitas que muestran una actitud de desprotección y un dejo de tristeza y ternura.



La subcomisionada Nery Salles justifica la preocupación que la Policía Nacional Civil ha puesto en estos grupos y no oculta que los ven como caldo de cultivo para potenciales delincuentes. «Con el tiempo se han venido dando grupos que se han vuelto criminales como las pandillas y estos grupos que han salido ahora como son los emos, los que andan en patinetas, los que andan pintando paredes, una cantidad de nombres, metálicos, otros que les llaman rockeros y que en algún momento pueden volverse violentos pero no es la norma», sostiene.

La subcomisionada admite la carencia de información en la División sobre los emos y otras agrupaciones urbanas. No saben distinguir quien es quien y dado que tampoco son psicólogos, se las ven a palitos cuando de prevención de emos se trata. Eso sí, asegura, en la calle, la Policía solo los revisa o detiene cuando realizan transgresiones a la ley y no es una política perseguirlos. Los emos, en cambio, opinan lo contrario y varios se quejan de acoso policial.

Los policías salvadoreños no son los únicos que no saben con certeza qué es un emo. Algunas personas de a pie admiten que nunca en su vida han visto uno. ¿Dónde están los emos? ¿Quiénes son y qué hacen? ¿Es cierto que quieren morir? Son de las primeras preguntas que salen al paso. Pero hay quienes van un poco más a fondo. ¿Qué aportan?, se pregunta un profesional extranjero que trabaja para una ONG en pro del ambiente.

LA ERA DEL MECHÓN SOBRE LOS OJOS

Hace menos de cinco años, en municipios como San Salvador, Apopa, Mejicanos, Soyapango, San Marcos y San Miguel, empezaron a aparecer muchachos que llamaban la atención por su forma extravagante de vestir y por su corte de pelo.

No era una cuestión de género ni de clase, aunque la mayoría de sus integrantes proviene de barrios populosos y familias disfuncionales, con padres ausentes o simplemente indiferentes. Sin embargo, los centros comerciales de zonas exclusivas también se convirtieron en pasarelas para el desfile de estos grupos que, a secas, llamaban la atención por su estética, y porque veían al mundo con los ojos detrás de un flequillo.

Las hojas de los periódicos y revistas se llenaron de artículos. Mucho se ha escrito sobre ellos. Son parte regular de las páginas de espectáculos.

Más adelante, el canal 2 de televisión hizo un reportaje sobre ellos, en el que con música tétrica de fondo y adosado con un locutor de voz dramática, dio el pincelazo brutal: los emos buscaban suicidarse.

Desde entonces, una desesperada preocupación corrió entre los padres de familia y maestros, la gente empezó a gritarles en la calle «basuras», rechazando su forma habitual de andar por el mundo, y se fue estableciendo en el lenguaje de uso común que estar triste o deprimido era sinónimo de emo.

Mientras, en contra de los estigmas que les colocaban, cientos de adolescentes salvadoreños

se agruparon alrededor de esta tendencia, aprendieron a acuerparse, a defenderse y a escabullirse de los periodistas para evitar ser reconocidos en televisión o en periódicos por sus familiares que les critican su forma de vida.

Uno de los grupos que surgió en esa época fue el de Toky. Este joven de 17 años vive en Mejicanos y es líder natural de los emos que se reúnen semanalmente en un pequeño parque que solo cuenta con una cancha de básquetbol. A la sombra de viejos árboles ornamentales, descansan en las bancas enfrente de las escuelas de noveles conductores, a un costado de una de las avenidas principales de la ciudad.

Nadie ha nombrado a Toky como jefe de la tribu, pero todos se dirigen a él cuando tienen que ponerse de acuerdo sobre lo que harán cada una de tantas tardes lúdicas. Es él el que indica dónde ir y quien, desde su teléfono celular, contacta al grupo para señalar el lugar de reunión. Es él el que conoce los detalles más privados de las vidas de los miembros y ex miembros del grupo, incluyendo depresiones amorosas o problemas familiares. Es él el que decide si abandonar el lugar ante la presencia policial o de sus acérrimos enemigos. Es él quien toma decisiones cuando las provisiones merman. Es él la cabeza de un grupo aparentemente acéfalo que funciona basado en la espontaneidad del placer y no sigue un orden jerárquico.

«Fue hace... digamos tres años cuando empezamos a salir a las calles, reclutando gente, para que vieran qué era lo que venía, supuestamente

moda, pero para mí no es moda, es un estilo de vida», dice Toky.

Sonia, de 16, explica algo en lo que coincidió la mayoría de emos consultados: el clic de la imagen para ingresar al movimiento. «Pues yo llevo en esto desde hace dos años, me metí porque me llegó su forma de vestirse, el peinado, los colores, las extravagancias, por eso me llamó la atención, también la música, después me fui metiendo más a fondo, el emo core, el screamo, el screamo electro, varias ondas así. Somos una familia», dice.

Familia que se reúne todos los días a la misma hora, que solo deposita confianza entre las más allegadas, que huye de extraños que se acercan, escucha la misma música, intercambia mensajes y confidencias, caricias, guiños y peinados, y coopera cuando alguna no tiene para el pasaje.

La mejor amiga de Sonia es Mati, de 15 años, quien asegura que lo que hace distintos a los emos es el pegamento que los une: «Somos como cualquier persona, lo único que cambia es la gran unidad que hay entre nosotros, el amor y el respeto».

Unidad es lo que se observa en estas emos de la pasarela del Instituto Morazán, en San Salvador, que cada mediodía se reúnen para recostarse sobre una pared o sentarse en los escalones. Bajan la mirada si un personaje externo circunda su territorio, hablan en voz baja entre ellas y se disuelven ante cualquier posible intruso. Estallan en carcajadas frenéticas ante el chiste más nimio.

Son como cualquier adolescente y no, porque no todas las adolescentes cubren su cara con un

fleco, se deprimen tan constantemente o son capaces de defender su territorio y sus amistades sobre cualquier cosa. No cualquier adolescente soporta henchida y rabiosa los gritos que les dedican en la calle, por traer un pelo más lacio y tijereado que el resto de los mortales y por parecer más tristes que lo habitual.

—Me mojaste en el recreo -reclama una.

—Ja, ja, ja —suelta la otra una carcajada—. Sí, ¿Y qué? —responde, triunfal.

Si alguna tiene un problema, las demás la rodean, la escuchan. Cuchichean, se miran, vuelven a disolverse. Son pocos los minutos libres que comparten a la salida del Instituto, pero los celan como un tesoro brillante escondido ante cualquier invasor, protegido con miradas esquivas ante cualquiera que no sea emo. Aunque socializan con sus compañeras de clase, solo mantienen lazos de amistad fuertes entre la tribu. Es decir, llamadas, citas, secretos amorosos. La confidencia no se le regala a cualquiera.

—Más que todo cuando nos sentimos mal, vamos con nuestros amigos porque sabemos que su apoyo siempre lo vamos a tener en las buenas y en las malas —dice Mati.

Ser emo es sin duda cuestión de grupo: Toky y Sonia no se conocen, aunque tienen una amiga en común. Si eres emo, al final, formas parte de una minoría y los lazos de amistad se tienden independientemente de la zona donde vives. Hay pequeños grupos que se forman sobre todo en los centros escolares, que solo se conocen entre sí, pero algunos logran relacionarse más amplia-

mente con otros grupos en los centros comerciales, en las reuniones en los parques o por amigos comunes. Sin embargo, los emos prefieren relacionarse con sus congéneres más inmediatos, y penetrar al terreno grupal por medio del messenger y páginas web sociales.

Toky y Sonia decidieron desoír la voz de sus respectivos grupos, que les pedían que no hablaran con periodistas. En general se muestran resentidos con la prensa debido a lo que se ha publicado sobre ellos. Creen que los periodistas no han sido del todo justos y precisos y no han reflejado lo hondo de su vida cotidiana, más allá del estereotipo de suicidas.

—¿Y qué es lo que más les gusta hacer?, pregunto.

—Salir a vacilar —responde Sonia.

El *vacil* en los emos puede ser de dos tipos: el primero, simplemente de convivencia, y el segundo, cuando intervienen ciertas sustancias.

EL PARQUE

Son las 3 de la tarde y 12 emos —cuatro chicos y ocho chicas— se reúnen frente a una tienda de ropa, en San Salvador. Ellas están tomando aparentemente gaseosa de naranja.

Aunque está claro que andan juntos, ellos permanecen separados de las chicas por unos tres metros de distancia, aunque también queda en evidencia el puente de coqueteo físico entre los unos y las otras. Hablan por sus celulares, se ríen.



Todos visten de colores pasteles y pantalones ajustados. Ellas usan el clásico delineador negro y un osito de felpa rosa fucsia pasa de mano en mano. Abundan los broches redondos, zapatos con brillantina, colorete en las mejillas y el típico ganchito sosteniendo el fleco que a menudo les cae sobre los ojos. Ellos calzan zapatos de puntas y pantalones entallados.

Entre ellos destaca uno: el Crazy Forever. Con su ropa floja, uñas largas y pelo rapado, oscila entre los pequeños grupos que se han formado, pidiendo una *cora* para la causa. Los muchachos se revisan los bolsillos. No asoma ningún billete. Unos dan monedas y otros ni eso. El Crazy es paciente y espera hasta llegar a la cantidad necesaria.

Termina la recaudación y cuando empiezan a moverse intercepto al grupo masculino. Después de una larga negociación en la que el resto del grupo se aleja de mí para evitarme, Toky acepta mi petición y me responde con sequedad que los alcance en el parque de una residencial cercana al centro comercial, a ver si se les da la gana hablar conmigo.

—¿Puedo ir con ustedes? —pido, y explico para qué, largamente. No les agrada mi presencia, evitan el contacto visual. En cambio, Toky me mira fijamente a los ojos y responde:

—Sí, pero a ver si los demás quieren hablar con usted.

Llego al parque y ahí aparece a la vista una «pata de elefante» de ron, que han estado mezclando con gaseosa de naranja y para la cual el Crazy estuvo haciendo la colecta.

Cuando los volví a ver, tres semanas después, era vodka con cola. Pero el ritual se respetaría intacto. Antes de empezar, cada tarde de sábado, el Crazy pide coras para comprar el alcohol que beberán entre todos.

En el parque, a un lado de la escalera de cemento, a un costado del grupo, las emos esquivan la mirada intrusa y cuchichean. Entre gritos chillones, una de ellas explica su estado histérico con voz aguda:

—¡Son las pastillas!

—¿De cuáles han tomado?—pregunto.

Ella se tapa la boca como quien ha dicho algo que no debía, frente a alguien que tampoco debía de estar ahí. La chica no termina de explicar la naturaleza de las pastillas. Pero suelta otra carcajada.

Trato de permanecer entre ellas, pero me esquivan. Me siento en una banqueta, cerca. Hacen pacto visual de silencio, pero otra no se resiste y me dice:

—¡Me encanta tu bolso!

Voleo a ver y la entiendo. A la par he dejado descansando mi cartera negra llena de calaveritas y corazones. Una muy parecida a las que ellas usan. Corazones y huesitos. Sus amigas reprimen su comentario dedicándole una mirada que indica que no es bien visto que hable conmigo. Me escrutan de arriba abajo. No les gusto. Y nunca acabará de gustarles mi presencia. Fruncen el ceño, se apartan de los escalones y se van a practicar a los juegos infantiles. Días después me observarán con la misma hostilidad, al introducirme

en su reino de diademas de princesas. Ese reino donde se reconocen bonitas y circulan entre los grupos de chicos que las miran babeantes.

El grupo masculino acepta hablar, debajo del aro de básquetbol. No son ni las 5 de la tarde y la mayoría ya están borrachos, unos más que otros. A unos cuantos metros, el Crazy Forever observa. No parece emo. Y es que no lo es. Más tarde explica que él es «otra onda» que no puede decir. Primo de un emo, es una especie de retaguardia para defenderlo de posibles ataques.

El gordo, de 18 años, quien es uno de los más borrachos, presume su cabellera, su orgullo.

—¡Verga de pelo! ¡Mi mamá por este pelo dice que soy culero! —se queja.

Me muestran orgullosos las señales de las cortaduras que se hicieron cerca de las venas, dibujando formas azarosas, caritas y letras. En frenesí, van destapándose las muñecas uno a uno, dejándose fotografiar en la medida en que han ido agarrando confianza.

El momento es propicio para que suelten sus inquietudes. Doggy, de 18 años, por ejemplo.

—Los skin heads dicen que nosotros nos queremos parecer a ellos. Jamás ni nunca, nosotros lo que tenemos es un estilo de vida suicida, un estilo propio, mirá, tengo rajada toda mi muñeca, todo emo tiene la (mano) izquierda rayada, tengo «emo» grabado —dice, mientras muestra sus extremidades llenas de cicatrices—. Yo me he intentado quitar la vida dos veces. Pero mi misma novia me ha dicho «yo sé que vos sos emo, te respeto, pero no quiero que te cortés».

Doggy asegura que no se mató, precisamente gracias a su novia.

Otro de los muchachos asegura que un amigo se cosió la boca y las venas hasta morir ¿Leyenda urbana?

Lo primero que hacen esta tarde es hablar mal de los punks, quienes supuestamente siempre los atacan. Todo sería cuestión de envidia, porque a los emos, aseguran Doggy y Toky, «les salen más bichas». Ese temor a la agresión quizás explique la presencia de Crazy Forever.

Pasan los minutos y las chicas empiezan a acercarse, aunque insisten en que no quieren fotos. A menos que... a menos que Frederick, el fotógrafo de *El Faro*, les dé cinco dólares. Insisten, pero no obtienen nada. Repiten que no tienen para el bus y una de ellas está vendiendo cigarrillos a cinco centavos cada uno. Más tarde y más tranquilas, en medio de carcajadas etílicas, se dejan tomar fotos.

Oscurece y los emos ya se tambalean. Mientras, a un par de cuadras de ahí, un grupo de unos 30 punks se dirigen en dirección del parque. Llegan de un «toque» [concierto] en un bar donde cada fin de semana varias bandas ejecutan ska y punk desde el mediodía, para favorecer a aquellos que se mueven en transporte público.

Cuando ven llegar a los punks, las primeras emos gritan atemorizadas. «¡Por favor, vámonos!», y corren despavoridas. Los chicos se quedan. Ambos grupos empiezan a intercambiar insultos y señas soeces. Los emos, borrachos, piden a los punks que se vayan. Toky y el líder

.....
 Son como cualquier adolescente y no, porque no todas las adolescentes cubren su cara con un fleco, se deprimen tan constantemente o son capaces de defender su territorio y sus amistades sobre cualquier cosa

punk se colocan frente a frente, midiéndose con la mirada. Entonces, el Crazy Forever, de pelo rapado, uñas largas y ropa floja, aparta a Toky, se para frente al jefe punk y le dibuja con las manos una señal como las que hacen los pandilleros. Asustado, el jefe punk, de cresta fluorescente, le pide paz.

—Calmado, no me *rijés* eso.

—Nosotros somos algo más que ustedes —responde el Crazy, en referencia a la mara.

Los punks retroceden. Subsumidos al fondo del parque, rayado de grafiti, se sientan y empiezan a tomar su alcohol. Explican enfáticos que no les simpatizan los emos por suponer que son una moda y no una forma de vida. Aseguran que no querían atacarlos y que solo andaban buscando un parque para beber tranquilamente.

LA PASARELA

A la salida del Instituto Nacional General Francisco Morazán se encumbra sobre el abundante tráfico vehicular una vieja pasarela roja, de estructura metálica y redondeada. Cuando se acerca el mediodía, la actividad a su alrededor empieza a cambiar. Chicos bien peinados y de



tenis relucientes esperan que suene el timbre de las 11.40 a.m.

En la reja del Instituto, las niñas están impacientes por salir. Afuera, una anciana encorvada prepara una pequeña cesta con ganchos para el pelo, colas y aretes. Al abrir la puerta, las chicas de uniforme blanco se dispersan. Algunas buscan con la mirada y ubican a quien las espera. Se van, contentas, de la mano de alguno de los chicos de tenis relucientes y bien peinados. La anciana hace su agosto: las niñas se abalanzan sobre su cesta y le compran su bisutería.

Salen Sonia y otras siete chicas. Solo dejan fotografiar los bolsos y sus adminículos emos. Nada de rostros. Se resisten y mencionan el reportaje del canal 2 y el hecho de que ahora todos las tratan como unas suicidas. Sonia dice que el grupo decidirá si dan declaraciones. Tienen que consultar a los demás, pues no pueden hablar sin permiso.

Mati, de 15 años, accede a hablar acompañada de Sonia, de 16.

—¿Por qué estás en los emos, Mati?

—Porque encontré algo que no había encontrado en ningún otro lugar.

El tiempo debajo de la pasarela pasa rápido, las chicas no suelen estar más de una hora a su sombra. Las parejas de novios van alejándose, y la señora que hace su agosto vendiendo ganchitos recoge sus bártulos cuando las últimas muchachas se han despedido.

—Somos como cualquier persona, todo mundo tiene depresiones alguna vez, no necesaria-

.....
 La mayoría de emos entrevistados, aunque admite haber pensado en el suicidio, no muestra una verdadera intención de matarse, aunque su imagen sea de candidatos al suicidio y tengan cicatrices en las muñecas.

mente tenés que ser emo, también no saben por los problemas que pasamos como adolescentes y que la gente incrementa con la discriminación que están haciendo, porque nos hacen sentir mal de una u otra manera —añade Mati. Y se lamenta de las ilusiones que se rompen con el tiempo—. Cuando era pequeña yo tenía la idea de una vida perfecta, pero lo que más me marcó fue cuando mis papás se separaron, eso sí me dolió bastante.

Los padres de Sonia también se separaron y ella vive sola, según dice, aunque no quiere dar detalles.

—¿Qué es lo más duro que te ha sucedido?

—¿Lo más duro que me ha pasado? La verdad es cuando mi papá se separó de mi mamá. He crecido sola prácticamente, porque no tengo comunicación con mi papá, esa onda me ha marcado definitivamente, siento como si sola me independizo, no he tenido realmente unos padres. Entonces en nosotros, en los emos, hemos encontrado una familia, podemos desahogarnos, compartir ondas que quizás no compartimos con los padres.

Llega la hora de hablar de los novios.

—No tenemos —dice Sonia—. Sí hemos tenido, pero es que ahorita, por la misma onda que estoy viviendo es como que si tengo un novio,

no siento que me vaya a llenar, como que el amor lo he perdido, porque como que sí me ha marcado lo de mi papá... casi no pienso un noviazgo, se me ha ido esa onda.

Sonia ha repetido un año y otro lo dejó de estudiar. A su edad debería de estar en bachillerato pero todavía está en octavo grado. Acaba de salir de exámenes de Ciencias y Lenguaje, pero cuando se le pregunta cuán bien le fue, una mueca de indiferencia es toda su respuesta.

—¿Preferirían un novio emo o uno no emo?

—Depende de las personas, hay cheros que lo agarran así como broma, y otros que sí lo agarran en serio, con los que lo agarran en serio es una relación más cariñosa, más amorosa, más centrada —dice Mati.

DE REGRESO AL PARQUE

Son las 3 de la tarde y se han reunido unos 20 chicos frente a una heladería, cerca del parque donde el otro día los emos se encontraron con los punks. Ahí están Toky, Joshy, Doggy, el Crazy y las chicas.

Los ritos se suceden en orden. Ellos coquetean a las chicas, pero ellas están más alejadas del grupo. Parece que no les interesa más que lo que hablan entre sí.

El Crazy comienza a recoger el dinero para el vodka. Solo después de largos minutos logra recoger suficientes monedas para comprar la botella. Las muchachas no contribuyen a la causa.

Se van al parque, que está sucio, lleno de desperdicios de plástico y ropa vieja. Una familia llega a jugar básquetbol y el grupo la observa desde las bancas, con tedio. El tiempo pasa despacio. Es la hora de la siesta y es domingo. El aburrimiento hace mella en el grupo.

Ahora les acompañan dos chicos que son ex emos, de la camarilla fundadora de este *crew* [grupo]. Tienen 21 años y una terrible resaca. Se les antoja una sopa o algo de comer. Un tercero se lamenta y asegura que le duele el hígado de tanto tomar. Está encorvado, le ofrecen un trago y dice no.

Toky comenta que la depresión crónica de uno de sus amigos que ya no llega al parque puede ser originada por su extremo abuso del alcohol. «Toma todos los días», asegura.

Ahora les acompaña también una de las chicas del Instituto, quien luce sus tenis *all stars* altos con cintas de colores fluorescentes, un agregado de tela rosa en forma de corazón en sus jeans y un maquillaje lleno de brillantina. Aquella tarde, esta chica era la que más lucía y la que menos hablaba. Estaba absolutamente concentrada en arreglarle el pelo a una compañera y las demás del grupo participaban silenciosas. Parecían unas geishas pop.

Aparece el Gordo con un morete en uno de sus ojos. Dice que se lo hizo un skate de la colonia Metrópolis. Toky refuta la versión porque cree que, si en realidad le hubieran dado con una patineta, le hubiesen sacado el ojo.

Aparecen los punks pero ni eso rompe el tedio. El sonriente emo Colocho, de 15, conoce

a los antagonistas. Se saludan. Nadie arremete contra nadie.

El Colocho tiene el pelo rizado, como su apodo lo indica, pero se alisa el fleco para no quedarse atrás de la estética grupal. Sus compañeros le dicen «freak» [raro] pero se nota que siendo el más pequeño de estatura, es el que despierta más simpatía.

Osiris, de 20 años, del grupo punk del mismo parque, aclara que muchas veces los emos creen que van a ser atacados por los punks, cuando estos últimos ni siquiera lo están pensando. Paranoia, dice. Sin embargo, otro punk, Mario, de 15, admite que con sus amigos han atacado emos para robarles dinero y comprar alcohol y marihuana.

Hay un vídeo de un grupo musical emosalvadoreño llamado Los Depres. Uno de los chicos del parque critica que solo «son unos chavos tocando delante de un muro». ¿Son buenos? «No», dice.

En el escenario musical salvadoreño, los grupos emos han pasado a denominarse *indie*. Entre los más representativos del género está El sueño de Camila. Julio Ramírez, promotor musical, explica que los grupos emos han cambiado su mote a indie para huir de la calificación de «losers» [perdedores] que se habían ganado.

EL PATITO FEO

No solo los policías creen que la tendencia emo no debería de existir. La intolerancia o incom-

prensión del fenómeno se extiende hasta los padres de familia, maestros... por eso se creó Emos Unidos Contra los Antiemo (EUCLA).

—Es un movimiento internacional —explica Joshy—. Ya hay nueva EUCLA en San Marcos.

Los crew a los que pertenecen surgieron con esta filosofía de trasfondo, agrupando a jóvenes de los barrios más populosos de la capital, y de algunos departamentos del oriente del país.

Toky deja claro que están dispuestos a reaccionar en la misma forma en que los tratan.

—Un antiemo desde el momento en que es antiemo es porque le caen mal los emos, de la nada. Pueden verlo a uno en la calle y golpearlo, pero nosotros somos personas igual que ellos, por eso hemos hecho las reuniones EUCLA. Eso quiere decir que si hay un antiemo o algo, nosotros vamos a responder.

La discriminación contra los emos ocurre incluso contra quienes no lo son. Como le sucedió a Gabriela Michelle, de 15 años.

En un parqueo de Ciudad Merliot, su madre, Delia, habla de los *piercings* de su hija y de su talento para el dibujo y la redacción.

Gabriela se siente identificada con los floguers o pokemons, a quienes describe como «emos contentos», pero en realidad no son emos.

—¿Qué son los floguers?

—Les gusta el animé, pero sus ideales son lo contrario a los de los punks, no les gustan los vicios, solo toman bebidas de fantasía, les gusta salir a molestar, cuando ven a los punks también se pelean con ellos y usan bastantes pierciengs, los *cheros*



usan el pelo hasta los hombros, estilo argentino, las *cheras* también, usan fleco, se visten de colores.

Los fogueros también se caracterizan porque al escribirse entre ellos, en el *messenger* sobre todo, cambian las «a» por «h» y las «v» por «w».

Luego evoca cuando se sentía discriminada, cuando la criticaban en la iglesia, en la colonia e incluso en su familia, porque sospechaban que era emo, por el solo hecho que vestía falda rosada y una camisa negra para ir a la iglesia.

—Para elegir un grupo lo que cuenta son los ideales, nosotros estamos buscando hacer algo diferente, y por eso estamos buscando ser algo diferente. A esa gente que nos grita, ¿Por qué grita si no les estamos haciendo nada? Creo que aquí en El Salvador la gente todavía es de mente cerrada, como que tiene que abrirse un poquito y dejar a las personas ser, deberían de respetar. Es como la gente que va a la iglesia, está bien que vayan. Nosotros no vamos a ir a gritarles que no vayan solo porque no nos parece.

Mientras los emos y los fogueros abundan en los centros escolares, sus maestros y directores oscilan entre la incompreensión y el rechazo.

—Una vez un maestro nos dijo que mejor nos suicidáramos —cuenta Mati, hablando junto a Sonia.

—Que si teníamos tanta caca en el cerebro que nos suicidáramos de un solo —agrega Sonia.

José Antonio Hernández, el director del Instituto, niega que algún profesor les haya llegado a decir eso, aunque su visión es que los emos están desperdiciando sus días.

—Los grupos de emos es porque no tienen algo beneficioso que hacer por ellos mismos, andan algo perdidos en la vida, tratando de llamar la atención de una forma que no es conveniente.

En la institución que dirige, si las chicas llegan maquilladas o con suéteres de colores que no son los del uniforme, les llaman la atención, les ordenan lavarse la cara y en última instancia se manda a llamar a los padres.

—¿Preferiría que los emos no existiesen?

—Sí, así es, porque son personas que no se ubican en la sociedad, que al final hasta tienen actitudes suicidas, tienden a cortarse las venas, eso no es una persona normal.

La mayoría de emos entrevistados por El Faro, aunque admite haber pensado en suicidio —y algunos han llegado hasta a hacerse cortaduras—, no muestra una verdadera intención de matarse, aunque su imagen sea de candidatos al suicidio. El agente policial Miguel Chamul asegura que los mismos emos han construido esa identidad.

Cuando se le pregunta si preferiría que los jóvenes se incorporasen a un grupo como este en lugar de a una pandilla, lo rechaza, porque considera que actividades positivas son prácticas como deportes, defensa personal o caminatas.

El director Hernández coincide en este punto.

—Las dos cosas son incorrectas, y no se las tenemos que permitir, ni una ni la otra, hay que reconocer qué es lo correcto y pedir que eso se haga, que no se haga otra cosa.

Para el director, los únicos deberes de un es-

tudiante son estudiar y ayudar en la casa y, en su defecto, ingresar al mundo laboral.

Sobre estos llamados o expresiones de intolerancia, Toky comenta la vez cuando una maestra de su colegio dejó que anduviera con su pelo largo estilo emo, después de que él le advirtió que renunciaría al bachillerato si lo obligaban a cortárselo.

—La maestra me dijo: «Mirá, y emo, ¿qué es» Empecé a explicarle y me dijo: «Vaya, hágase el pelo para atrás, es primera vez que doy permiso, pero hágaselo para atrás, que no lo quiero ver emo aquí», y ya lo llevaba recogido y cuando salía me lo arreglaba.

Josh y la ha tenido más difícil. Lo echaron temporalmente de su hogar por andar metido en los emos y tres de sus familiares lo agarraron a la fuerza para cortarles el pelo. Pero no lo lograron.

Y prácticamente todos tienen alguna historia de insultos que contar por su apariencia o por su pertenencia a los emos.

—Mi familia en mi parte de emo dice que soy culero, que soy gay, por el pelo, pero ellos me andan más en cuidado de que no me vaya a ahorcar, algo así —dice Toky.

Las chicas de la pasarela protestan también.

—Pues realmente me han gritado en la calle que soy una basura —cuenta Sonia.

—Eso es normal que nos pase... —responde Mati—. «¡Qué asco, ahí va una basura!», dicen.

—Nosotros no hacemos nada malo, no somos mareros, no hostigamos a las personas, nada que ver con eso, a nosotros no nos gusta la violencia, ni maltratar.

—Eso sí, si nos buscan y quieren hacernos algo, tampoco nos podemos dejar, no somos pasmados...

—Nosotros, si un *bolito* nos habla, le hablamos, quizás no discriminamos a nadie porque no nos gusta que nos discriminen, se siente feo...

TODA MODA TIENE SU FIN

Aunque lo más conocido sobre los emos es esa supuesta tendencia suicida, Toky asegura que no hay ninguna exigencia de cortarse las muñecas para poder ingresar a un grupo emo. Y tal parece que tampoco es cierta su afición a la muerte.

Y cuando se le pregunta a los emos si piensan seguir siéndolo toda su vida, incluso cuando envejecan, dicen que no. En esto hay diferencia respecto de las otras tribus, pues por ejemplo los metaleros dicen que llevarán el rock en sus venas hasta el final de sus días. Los emos no. Todos los emos consultados tienen planes a futuro para sus estudios y familia. Es decir, en el fondo, no están buscando suicidarse.

Mati quiere ser siquiatra y se ve dentro de 10 años «superándose». Sonia quisiera ser sicóloga:

—Me gusta conocer a varias gentes, ver cómo piensan, cómo se sienten y su estado emocional.

Toky también quiere tener una vida próspera y abandonar la cultura emo.

—Pretendería como gente mayor dejar esto y con mis estudios salir adelante, ser alguien

preparado. Es mentira que me voy a quedar así, me gustaría cursar arquitectura o ser un administrador.

Otro que anuncia desde ya su retiro como emo es Josh y, quien perfila un futuro conservador y tranquilo para su vida.

—A mí me gustaría ser contador, salir adelante, seguir estudiando, terminar mi carrera, trabajar, tener mi esposa, mis niños y alejarme de la cultura emo.

—¿Por qué alejarte?

—Por ser mayor de edad, tener niños y familia —dice el chico de 15 años.

El Sueño de Camila, el grupo salvadoreño de música *indie*, acaso dé luces para entender cómo conciben la vida los emos: «Porque nada es se-

guro en este mundo, y en eso radica lo bello de la vida, porque qué triste sería vivir en un mundo monótono donde todo fuera felicidad y todos los días fueran soleados; porque no necesito nada para vivir más que un sueño, una esperanza y una razón: el sueño de lo que fue».

Y mientras los emos sueñan con crecer y estudiar, mientras la pasan bien, apoyándose entre sí cuando están deprimidos, los agentes de la División de Servicios Juveniles y Familia de la policía continúan recibiendo en sus butacas el «Programa para la Prevención del Suicidio en los Grupos Juveniles “Emo”». Y con sus esposas y pistola al cinto, en clase, miran la última diapositiva: «Podemos crear compromisos para prevenir el suicidio de nuestras hijas e hijos».



NOMBRE DE TRIBU: PUNKS

DEFINICIÓN:

Movimiento surgido en Inglaterra a finales de los setentas. Los punks salvadoreños se caracterizan por un pensamiento libertario, anarquista, se oponen al Estado y al sistema, creen en un mundo donde no existan pobres ni ricos, gustan de la música, adoran a sus bandas favoritas y harían cualquier cosa por sus amigos. Sus mayores valores se reflejan en el «hazlo tú mismo» y la libertad de expresión.

CARACTERÍSTICAS DE LA TRIBU

1. **PELO:** El más característico es «la cresta» o peinado mohicano.
2. **MAQUILLAJE:** A veces delineador negro
3. **COLOR DE LABIOS:** Indistinto.
4. **ROPA:** Oscura, ceñida.
5. **PANTALONES:** Ajustados al tobillo.
6. **ZAPATOS:** Vision Street, Converse, Vans, entre otros.
7. **MÚSICA:** Punk, hardcore, The Misfits, The Casualties, Skatalites.
8. **ANTAGONISTAS:** El Estado, el sistema, el gobierno, la policía y, a veces, los emo.

S
K
U
B
O

La inconformidad libertaria de los punks

Los fanáticos de Unión 13 están en trance total. La violencia se respira en el aire. Entre empujones y jaloneos un punk toma un ladrillo como proyectil y sus compañeros amenazan con palos a otro grupo. A eso se suman golpes amenazantes contra la puerta...

Mario tiene 15 años, está de vacaciones y no quiere salir de su cuarto. La luz del sol que entra débilmente a su estrecho reducto, apenas deja atisbar los afiches en los muros. Chatea largas horas. El puntero de su computadora marca una calavera con dos huesos atravesados. En el mundo de este joven punk, la mayor tragedia sería que sus amigos se enteraran de quién es su mamá.

Su madre es conocida en la colonia donde vive porque siempre se pasea orgullosa de su oficio. Ella es ex combatiente de la guerrilla, madre soltera, de la que su hijo no comparte sus prácticas de vida privada. Extraña el tiempo cuando vivía solo con su abuela. «Mi mamá es solamente la que a veces me da dinero», protesta.

Mario se escapa de clases, compra un poco de marihuana para fumar de vez en cuando; algu-

na vez le quitó dinero a los emos para comprar alcohol. Vagabundea, ronda conciertos cuya entrada no puede pagar, pero, sobre todas las cosas, guarda para sí el secreto de su madre, el cual —teme— lo separaría de su grupo de amigos. «Por ellos haría cualquier cosa, por los que sé que harían mucho más por mí».

Una tarde llena de abulia, cerca de las celebraciones del 15 de septiembre, charlamos vía messenger e intenta explicarme algunas cosas que todavía no comprendo sobre su ideología. Pero antes, cuando le pregunto cómo está, me dice su clásico «aki al suave» con la «k» que en el caló punk sustituye a la «c» y «q».

Después del breve saludo comienza a soltar algunas ideas. «Me da tanta rabia saber que hay personas que se sienten orgullosas de su patria, qué asco sentir orgullo por una bandera, luchar por una patria que no es más que basura...»

El anarquismo, ideología a la que se vincula el movimiento punk, propugna la desaparición del Estado y de todo poder gubernamental. Eso explica la animadversión de Mario hacia la bandera azul y blanco y hacia otros símbolos patrios salvadoreños. Eso explica el recelo con que cuida la identidad de su madre ante sus amigos.

LA LIBERTAD DE SER

Con la referencia común de que el punk es más bien un fenómeno de la contracultura inglesa o europea, y ante el hecho de que muchos salvado-

reños tampoco han visto uno en su vida, ¿cómo es una versión tropicalizada de este movimiento? Mario da algunas ideas:

—Ser punk es estar en contra de todo lo que no te deja ser vos mismo, es estar en contra de las modas, en contra del sistema, es escupir en la cara a los que no te dejan ser vos mismo.

—¿Por ejemplo?

—Los policías, el sistema.

—¿Y cómo sos vos mismo?

—No todos los punks son iguales, en el fondo soy alguien al suave, pero si me hacen enojar, cambio mucho. Ahora solo pienso en vivir el presente.

Escupir en la cara a quienes no lo dejan ser él mismo. «Los policías, el sistema...», dice Mario. Quizás eso explica el recelo con que cuida la identidad de su madre ante sus amigos.

El lema de vivir el presente lo comparte con los demás punks, entre ellos, Osiris, una estudiante de Historia de 20 años, que esta tarde está sentada en el café de un centro comercial de Apopa. Le acompaña Pablo, de 24.

—Hay que vivir la vida conforme va, no me voy a preocupar por el día de mañana porque tal vez el mañana ya no esté para mí, ni para ninguno de los que estamos aquí, yo vivo este momento, este —subraya—. Yo vivo de una manera que no me preocupo por tantas cosas, porque si algo tiene solución, ¿para qué te preocupas?

Osiris se reúne casi a diario con sus amigos de Apopa en las bancas del centro comercial. Ex-

plica que la estructura de la tribu empieza desde las pequeñas células formadas en colonias y municipios, promoviendo la comunicación en la Universidad de El Salvador (UES), a través de los grupos de reflexión anarquista y llegando al éxtasis en los conciertos, alrededor de la música.

Sin embargo, rencillas personales o diferencias políticas hacen que los punks salvadoreños no posean una organización sólida como organismo, sino más bien, y propio de la ideología anarquista, trabajen en pequeños colectivos. A pesar de las nuevas tecnologías y el internet, los punks de San Salvador no tienen mayor relación con otros del interior, como los adolescentes de Santa Ana, quienes se quejan de ser ninguneados por los de la capital.

En la conversación, Pablo tiene una opinión diferente a la de Osiris, de lo que significa ser punk.

—Mirá, a veces es un juego difícil para menores, andar en la calle, algo te pasa, esto no es para cualquiera, la policía, la represión está siempre al día, cuesta... Ser punk yo lo he clasificado de tirarme un poco más a la calle, he rebotado, andás en otros lugares, ahí vas comprendiendo la vida.

«Andar rolando» es una expresión que se refiere a uno de los componentes esenciales de este grupo, es decir, salir a conciertos, caminar si no se tiene para el pasaje, quedarse con otros amigos, comer lo que se pueda, vivir la calle y la vida de manera directa.

La mayoría de los miembros de esta tribu con los que habló El Faro han dicho que se acercaron

al punk «rolando», compartiendo con los amigos y adorando la música de este género. Desde uno de los legendarios fundadores de Adhesivo Punk, La Vieja, hasta los adolescentes punks de Santa Ana que el 30 de julio pintaban consignas con aerosol verde.

Los punks salvadoreños del núcleo duro —hay otros que solo se visten como punks sin serlo y no comparten la ideología anarquista— se caracterizan por oír este tipo de música, ostentar un pensamiento libertario, en el que predomina siempre su propio punto de vista y el de su colectividad; admiran el valor del libre pensamiento y la libre expresión; darían la vida por sus amigos y creen que la sociedad funcionaría mejor sin los aparatos represivos y cohercitivos del Estado.

Pero en este ir y venir con los amigos, en el caso de Osiris, no todo terminó bien. Cuando iba a noveno grado, rolando por su colonia, una de sus mejores amigas, Julia, fue asesinada frente a ella por un pandillero.

—A mí me marcó para siempre, porque dije «yo a estas cosas nunca en mi vida quiero pertenecer ni que nadie de mi familia lo vaya a hacer».

En Osiris, como en Mario, hay una especie de conciencia social anterior o a raíz de su inclusión al movimiento punk.

—¿Es justo que te hagan esto? —se pregunta Osiris—. ¿Es justo que tengamos esta vida que cuesta tanto? Uno ve a sus padres trabajando día y noche, para que quizás al final del día no tengan ni siquiera para darte lo suficiente de comida. No es justo que con estos gobiernos tengamos



esta particularidad de vida, yo no lo creo. ¿Qué es lo que pasa en este país? ¿Quién es el que nos rige? ¿Por qué vamos a respetar a alguien que no nos ha respetado a nosotros? En este gobierno nadie lo ha hecho.

Formar parte de la tribu de los punks intenta dotar de sentido a estas preguntas.

Mario, aquella tarde de septiembre, confesó lo trascendente que es para él pertenecer a este movimiento:

—La verdad, no sé qué haría sin el punk.

—¿Por qué?

—Pero tampoco confundas, el punk no es *vulnerguismo*... en cierta parte sí...

—Explicame.

—La gente que piensa que ser punk es ser *vulnerguista* es lo más estúpido y los punks que dicen ser así son unos tontos.

—Pues sí, pero explicame.

—El punk es que te valga verga todo lo que no es importante para que vivas.

—¿Por ejemplo?

—No sé cómo expresarlo. Es estúpido que digás «me vale verga mi familia» si tu familia te aprecia. Ser punk es apreciar a las personas que te quieren, en ningún momento hay que decir que no te importa tu vida. Tu vida es lo más importante, y vas a luchar para que los demás cambien y lograr lo que queremos. Y más que todo apreciar a tus *drugos*.

Mario se ríe cuando le digo que me recuerda a Álex, el personaje principal de *La naranja mecánica*. «Qué honor», dice.

«Drugos» significa amigos en el lenguaje nadsat del libro. Me llama «débochca» (chica) para recordarme luego que él es un «malchico» (chico).

La naranja mecánica es una novela de Anthony Burgess publicada en 1962 y adaptada al cine por Stanley Kubrick en 1971. Tanto el libro como la película son de culto para los punks, abordando el tema de la ultraviolencia y el condicionamiento al libre albedrío.

Con el estreno de la cinta en Inglaterra ocurrió una ola de crímenes perpetrados por jóvenes. Kubrick, aduciendo que su película no había sido bien interpretada, hizo que la dejaran de proyectar luego de 61 semanas en cartel. Esta

Los punks aseguran ser la exaltación del pensamiento libertario. Así lo dijo el vocalista de la banda Unión 13, fundada hace 17 años y con la cual muchos salvadoreños se iniciaron en el gusto por el hardcore punk.

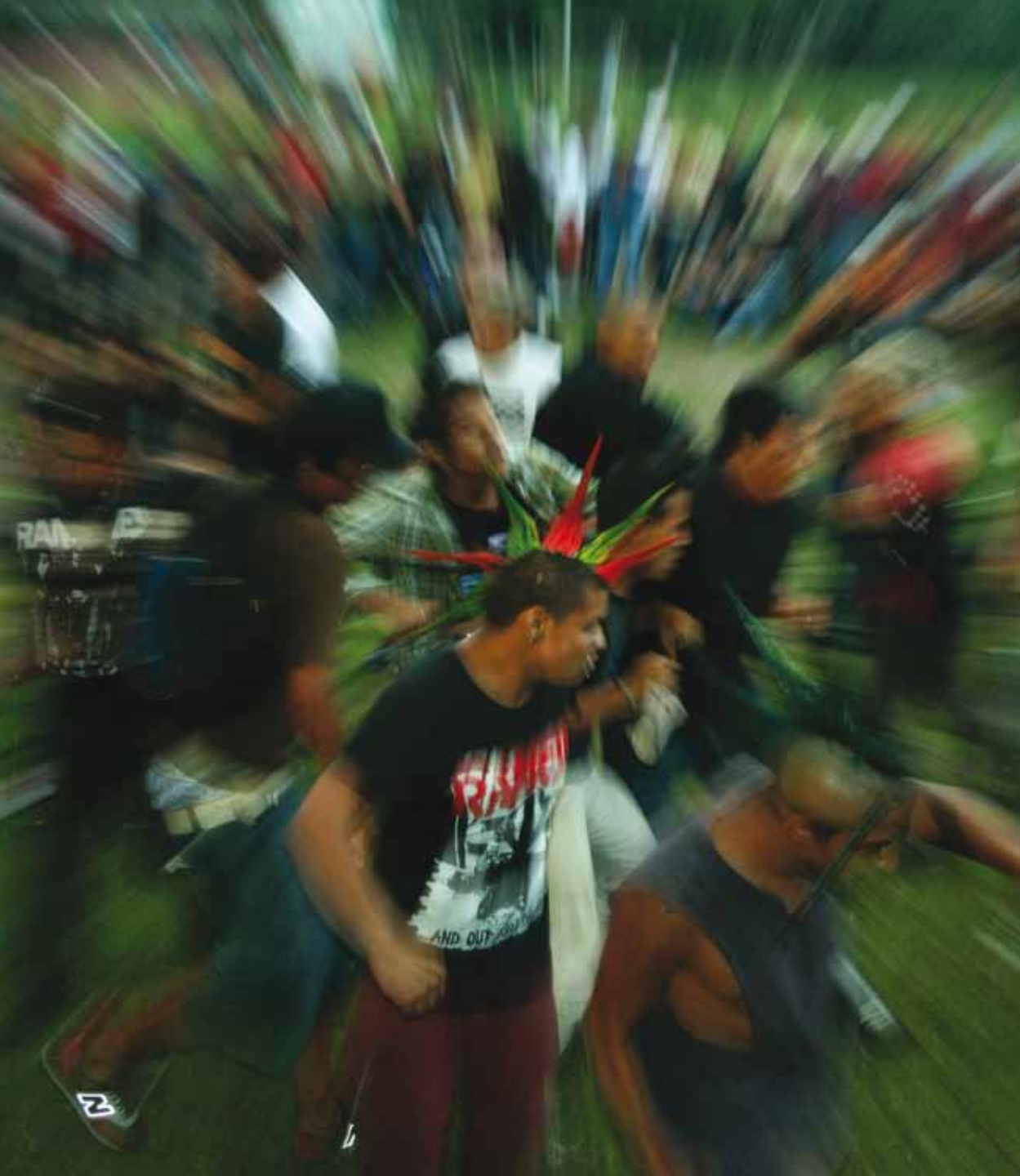
película solo pudo ser vista en Inglaterra luego de la muerte del director, en 1999.

Los punks aseguran ser la exaltación del pensamiento libertario. Así lo dijo una noche frenética el vocalista de la banda Unión 13, de Los Ángeles, fundada hace 17 años y con la cual muchos salvadoreños se iniciaron en el gusto por el hardcore punk.

«El principal mensaje es la libertad de expresión, puedes decir todo lo que tú quieras, para expresar tus propios pensamientos sin tener ninguna censura, para mí, eso es grandioso, es lo que me gusta de esta cultura, de esta tradición», dice Edward Escoto, luego de descansar de su único concierto en El Salvador. Agrega que otros ideales son la humildad, la identificación con los pobres y marginados. «Podemos expresar nuestras opiniones, pensar por nosotros mismos y no tener a alguien que nos diga qué pensar y qué decir».

Y claro, como una sociedad utiliza a la policía como la herramienta para someter a los individuos a sus normas, los punks ven en esa institución a uno de los símbolos contra los que hay que rebelarse.

Wilfredo Ortiz, tiene 27 años, es egresado de Historia y miembro del movimiento hardcore punk, y fanático de Unión 13.



El chico asegura que en El Salvador el punk fue parte de la «combustión» que se vivió en este país luego de los Acuerdos de Paz que terminaron con doce años de guerra civil y dejaron al menos 75 mil muertos. «Todavía hace falta una respuesta generacional al conflicto que tuvimos, todavía no tenemos esa respuesta pero creo que se está construyendo y esto [el punk] tenía que darse».

Wilfredo y Osiris reiteran que los punks no funcionan necesariamente obedeciendo una jerarquía, pues esto iría en contra de su ideología anarquista, sino más bien son grupos que se identifican por los ideales libertarios, aglutinados en lo inmediato geográficamente o por amistad, pero más allá, estas células se entrelazan en función de algo más grande: el punk.

LA ANARQUÍA

Wilfredo forma parte de un colectivo universitario que recientemente realizó un cine club y la presentación de una revista con nombre de mariposa para difundir las ideas anarquistas y captar a más jóvenes que se organicen alrededor de estas.

Hablan con la condición de que no se mencione el nombre de su colectivo, a pesar de que dieron una presentación pública. La explicación: aducen que siempre han sufrido persecución y rechazo incluso dentro de la izquierda y actualmente de las autoridades universitarias.

Wilfredo asegura en su artículo «Breve bosquejo histórico del anarquismo en El Salvador»,

que las primeras organizaciones obreras en el país y en el resto de América Latina tienen sus orígenes en la ideología anarquista. En 2002, el entonces joven escenario hardcore-punk local fue la cuna para la fundación del Movimiento Anarquista Salvadoreño (MAS).

Miguel Mármol, *el Fantasma Rojo*, en su entrevista con Roque Dalton en 1966, relataba que hubo líderes anarcosindicalistas fusilados en la masacre de 1932, como el caso de Gerardo Elías Rivas, apodado *Cafecito*. «El compañero Cafecito me dijo que no contestara, que seguro estaban sacando a la gente para ir a fusilar. Pobrecito Cafecito, en que murió él también, solo que en otro paredón», recordaba en su momento el líder comunista.

Ya en el libro de Dalton, Mármol utilizaba el mote de «equivocados políticamente» para referirse a los anarquistas. Cuarenta y tres años después esa calificación se mantiene en boca de algunos. Por ejemplo, el rector de la UES, Rufino Quezada, considera que los anarquistas tienen por fin único hacer desorden: «El pensamiento anarquista es una desviación ideológica del pensamiento científico, entonces los grupos que se autodenominan anarquistas son aquellos que no responden a nada, que no obedecen a nada, solo quieren generar desorden. No compartimos como institución el pensamiento de estos grupos».

Los anarquistas universitarios denuncian que el rector se niega a prestarles auditorios para sus reuniones que, lejos de ser caóticas, son académicas y se mantiene el respeto a las diferentes ideas.

Durante dos días se reunieron alrededor de unas veinte personas quienes forzando la atención ante el sopor de media tarde vieron un documental sobre la historia de los movimientos anarcosindicalistas en España y recordaron cómo en El Salvador fue en los noventa cuando se volvió a divulgar esta ideología en *fanzines* hechos por punks y otras tribus urbanas cercanas a estos.

En la presentación también se recordó la influencia de los legendarios hermanos mexicanos Flores Magón en la formación de grupos anarquistas en El Salvador.

Uno de los asistentes sugirió la necesidad de «plantear bonita» esta ideología para ganar más adeptos, a lo que representantes del colectivo respondieron que se trata más que todo de incentivar la reflexión académica, para luego aplicarla en comunidades concretas.

Los jóvenes hablaron de sus antagonistas ideológicos, sacando a relucir al rector, a quien acusaron de haberse molestado y quejado de que ellos hayan conseguido, gracias a un prestanombres, el auditorio donde esa tarde compartían tranquilamente.

Insistieron en la necesidad de «difundir la idea» y «tropicalizar las ideas» anarquistas.

¿Por qué la gente rechaza el anarquismo?, se preguntaron, para responderse que muchas personas desdennan estas ideas al calificarlas de infantiles, atrasadas, carentes de cientificidad y no estructuradas teóricamente. Recordaron que Salvador Cayetano Carpio, el fallecido comandante Marcial de la organización guerrillera FPL, las

calificaba como «aberrantes desviaciones ideológicas», al igual que lo han hecho intelectuales de izquierda e incluso el poeta Roque Dalton.

Se quejaron también de que Ítalo López Vellecillos no incluyó el surgimiento de las publicaciones anarquistas en su libro sobre la historia del periodismo en El Salvador. «Han aniquilado físicamente a los anarquistas porque no les conviene que la sociedad conozca otras ideas», dijo uno de los miembros del colectivo.

LA MARCHA

El 30 de julio es una fecha capital. Hace 34 años, una movilización de estudiantes que protestaban en la capital por la ocupación del Centro Universitario de Occidente fue acibillada por el ejército, por lo cual murieron al menos 50 personas.

A partir de entonces, todos los años, estudiantes universitarios y organizaciones sociales salvadoreñas realizan una marcha conmemorativa que recorre las mismas calles de 1975, hasta culminar en la Veinticinco avenida norte, frente al Seguro Social, donde ocurrió la masacre.

La marcha de 2009 tuvo la particularidad de ser la primera en la historia del país bajo un gobierno de izquierda, y si bien no hubo hechos de violencia, algunos estudiantes marcharon encapuchados como en la época de los gobiernos de la Alianza Republicana Nacionalista.

Las consignas sociales se enarbolaron esta vez tímidamente contra el nuevo presidente salvado-

reño Mauricio Funes y llenas de rabia contra el gobierno de facto de Honduras. Los estudiantes quemaron un gorila gigante de cartón, a quien apodaron Goriletti, en honor de Roberto Micheletti, presidente del gobierno golpista del país vecino.

Como ya es tradición, grupos de punks y jóvenes anarquistas participaron en la conmemoración de los mártires estudiantiles. «¡Abolamos los aparatos represivos!», pintaron con aerosol muchachos con pañoletas en la boca en los alrededores del colegio Externado San José. Uno de esos aparatos represivos es sin duda la policía, tal como lo señala Mario, el chico que teme que sus compañeros punks sepan quién es su mamá.

«¡Libertad, Paz y Anarquía, oi y siempre!», agregaron tres jóvenes santanecos que desfilaron el 30 de julio. «La pobreza no tiene patria», estamparon más adelante. Uno de ellos, aerosol en mano, portaba una camisa con la leyenda «Organízate y lucha».

Uno de ellos, Marlon, de 17 años, explicó que el objetivo de su viaje a la capital era «apoyar al pueblo». De por qué marcharon solos, sin unirse a la «escena» capitalina, respondió que tienen algunas diferencias que no supo precisar: «Reunirnos tanto con ellos no se da, porque ellos no encajan con uno, se puede decir. Por ellos hay diferencias, por nosotros no mucho, todo es hermandad».

Barrera, 21 años, el de la camiseta con la leyenda exhortadora a organizarse, aseguró que el punk y la anarquía tienen un claro componente de reivindicación de los sectores menos favorecidos. «Este no

debe ser un movimiento tipo las pandillas, solo por estar en la calle. Tiene que tener algo por qué existir. Yo creo en la lucha de clases, creo que el pueblo tiene que luchar contra el poder que nos oprime».

LA ESCENA

Llueve a cántaros. Dros, el vocalista de 27 años, ha salido de su trabajo para la entrevista. El guitarrista Guillermo Serrano, de 28, mejor conocido como La Vieja, está menos apresurado y con paciencia responde las preguntas básicas.

Ellos son miembros de Adhesivo, antes Adhesivo Punk, una de las primeras bandas que interpretaron este género en el país y la cual surgió hace diez años. Entonces Adhesivo era un mito, y hasta la fecha sigue siéndolo para los que crecieron coreando canciones como *Vale verga*.

Cuando La Vieja tenía 16 años, decenas de adolescentes los seguían para verlos tocar en garajes y participar como fanáticos de la banda. Dros recuerda que ser punk no era sinónimo de «problemático» o «malhechor» y más bien se trataba de una escena más pequeña y unida.

«Ahora ser punk es moda en un 40%», dice La Vieja, quien explica que hay algunos puristas que creen que no se puede tocar punk si no se anda enseñando la cresta (peinado mohicano).

Como «escena», La Vieja asegura que el punk existe en El Salvador por lo menos desde el 2000, pero no hay que olvidar que es una escena adaptada a la realidad salvadoreña, que surgió



sin siquiera diferenciarse de la música nacional, para convertirse actualmente en un grupo de personas, en su mayoría de entre 16 y 20 años, que se dan cita en los conciertos.

En los años aquellos en que surgió Adhesivo, recuerda La Vieja, no iban muchas mujeres a verlos, a menos que fuese la novia de alguno de ellos. Ahora sí. «El género que tocábamos antes era un poco menos digerible y como no había mucha escena, era poca la gente que estaba informada de ese tipo de música, no había mucho internet, discos, y todas esas cosas», apunta.

Pasados los años, como nada, como lo que duele crecer y asusta; Adhesivo celebró en La Luna Casa y Arte su décimo aniversario, haciéndose acompañar por un cuerpo de seguidores que iban desde los 30 hasta los 15 años y dando gracias, mediante un video, por la persistencia de sus fanáticos durante toda una década.

El lugar estaba colmado y lleno de humo. Abajo del escenario los jóvenes levantaban las manos y chocaban entre sí. Alguien jugaba con una patineta.

Javier Recinos, de 18 años, al fondo del público, estaba sudado luego de haber bailado el primer segmento. «Ser punk es no seguir a nadie, ni siquiera las mismas reglas, porque todos los sistemas matan, y la onda es hacer lo que vos quieras, no importa lo que te digan. Lo que tenemos que hacer es unirnos, rebelarnos, no importa si eres o no punk, si no eres nada, lo que importa es buscar un buen futuro para El Salvador, si no, vamos a vivir en una completa miseria toda la

vida», dice. Aunque no explica cómo los salvadoreños podríamos «rebelarnos».

Eric, de 30, tiene diez años de ir a los toques de Adhesivo. Reconoce, como lo hace la banda, el avance en la ejecución musical de este grupo, aunque confiesa que la escena nacional ha merjado en los últimos tiempos. Lo que destaca este seguidor, y otros que gustan del punk, es que las letras de ese género musical son un homenaje a los grupos más necesitados, marginados y oprimidos.

«Discriminación siempre va a haber», dice, al pronosticar que la sociedad salvadoreña todavía seguirá viendo mal la estética de la tribu.

Eugenia, de 20, y quien durante el concierto subió más de una vez a la tarima para hacer el baile del *monkey man* [simulando un mono caminando], dejó atrás esa noche su vida rutinaria como empleada del Ministerio de Educación, en el área de innovaciones educativas, para ser parte del núcleo duro de fanáticas de Adhesivo.

Eugenia se siente orgullosa de pertenecer a un grupo skinhead, cercano al punk, y expresa que el sentimiento que los une es «la lealtad y la hermandad». «El orgullo de ser skin y el derecho que te da el ser skin, es que si tenés tu grupo podés decir, “yo por estos majes sí doy la cara”, por los conocidos y por los que vos querés. Reaccionas si a uno de estos se le para alguien, aunque sea un hombre», explica.

«El skin apoya a los pobres, ¿cómo una familia puede vivir con un dólar al día cuando nosotros vivimos usualmente con unos veinte al menos?

.....
 Osiris explica que la estructura de la tribu punk empieza desde las pequeñas células formadas en colonias, pasando por los grupos de reflexión anarquista y llegando al éxtasis en los conciertos, alrededor de la música.

Pero un skin apoya al que vive con un dólar al día», afirma Eugenia.

Los skinheads surgieron en Inglaterra a finales de los sesenta, dando continuidad al movimiento mod, a quienes les gustaban las patinetas y las peleas callejeras, adoptando vestimentas obreras, cabezas rapadas para diferenciarse de los hippies y escuchando música reggae y rock steady. Los skinheads racistas fueron nada más una vertiente de este movimiento.

En El Salvador existen grupos identificados con los skinheads, y también con los rude boys. Los rude boys surgieron en los sesenta en Jamaica y también gustan del reggae y del rock steady. También hay otros que prefieren el ska, surgido en los cincuenta, mezcla de la música negra y aientos tropicales, padre del rock steady y del reggae.

Estos grupos —punks, hard core, skinheads y rude boys— comparten, la mayoría de las veces, armonía y complicidad, por su ideología y algunas coincidencias musicales. Sin embargo, depende de los grupos, puesto que pueden también ser antagonistas si sus miembros tienen rencillas personales —malas miradas, problemas amorosos, desplantes— entre ellos.

Víctor Ramírez, de 24 años, quien tienen una banda de ska, rock steady y reggae, explica que

realmente los ideales de los skinheads son «compartir con tus amigos, divertirse y el amor a la música jamaicana».

Toda esa amalgama de escenas confluyeron esa noche para bailar al ritmo de uno de los pocos grupos salvadoreños que se han mantenido vigentes durante toda una década. Dros calmaba a uno que otro agresivo desde la tarima, mientras los jóvenes gritaban «¡Vale verga!». Al fondo, la policía municipal pedía que la bulla del concierto terminara.

LOS STRAIGHT EDGE

Dentro de este amplio crisol de subgrupos o pequeñas tribus urbanas, también se encuentran los straight edge, movimiento surgido en los ochenta a través del hardcore punk y que se caracteriza por un estilo de vida sin alcohol, sin drogas y, muchos de ellos, *veganos*. También procuran ser fieles a su pareja.

El veganismo es una filosofía de vida que excluye todas las formas de explotación y crueldad hacia los animales e incluye una reverencia a la vida. En la práctica, se aplica siguiendo una dieta vegetariana pura y animando el uso de alternativas para todas las materias provenientes del reino animal.

Wilfredo es representante de esta contracultura, subgrupo o tribu urbana. Recuerda que por 2001, cuando se encontraba «en un período de transición personal», empezó a escuchar soni-

dos nuevos y a involucrarse con esta forma de vida. «Había muchos vegetarianos, mucha convicción, camisetas, botones, demostrando lo que somos, amistad y todas estas cosas».

Según el periodista Michael Azerrad, el straight surgió en 1980 en Estados Unidos cuando el dueño de un bar de San Francisco marcó con una equis negra en la mano a los menores de edad para que no les vendieran alcohol durante un concierto, y luego toda una generación optó por seguir la música hardcore punk, aunque no necesariamente un ambiente de bebidas y drogas.

Wilfredo nos invitó a un concierto de straight en la colonia Nicaragua, de San Salvador, cerca del zoológico, donde el grupo español Fuerza de Lucha tocaba para unas setenta personas. La falta de espacios, tan emblemáticos para el movimiento punk y hard core, ha hecho que de nuevo los conciertos se hagan en garajes.

Aparentemente, el ambiente estaba relajado, las bandas salvadoreñas teloneras y los españoles afinaban sus instrumentos. Los asistentes más puntuales comían sorbete de carretón, mientras llegaba la hora. Caía la tarde. La mamá de uno de los muchachos vigilaba la entrada de su casa convertida en sitio de conciertos, gracias al amplio espacio de las viviendas construidas en la capital a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

El clima se tensó cuando uno de los straight empezó a blandir un machete a la entrada de la casa, supuestamente en actitud de juego. Solo después de mucha insistencia de sus compañeros dejó el corvo a un lado. Ahí estuvieron algu-

nos de los fundadores del movimiento straight edge en El Salvador, quienes hablaron de la relación de su movimiento con las drogas.

Luis Gonzalo Pacas, de 29 años, es uno de ellos. Tiene una página, www.mundocruel90.blogspot.com, que es lugar de encuentro e información donde también se puede descargar música y quejarse de problemas cotidianos como los baches en las carreteras y la negligencia del Ministerio de Obras Públicas frente a algunos deslaves.

Es característico del punk y el straight estar permanentemente en pugna con el sistema, criticándolo ácidamente. Desdeñando sus aparatos de cohesión, en primer lugar a la policía.

La convicción de no probar drogas y alcohol, dice Luis, no tambalea en aquellos miembros que llevan ya mucho tiempo formando parte de esta agrupación. Y algunas adolescentes que son hermanas de precursores straight en el país, se incorporaron por contagio a este grupo. Como Tatiana, de 18 años, cuyas amigas de la universidad no dejan de considerarla un poco rara por su forma de vestir y su renuencia a consumir bebidas embriagantes. Tan solicitadas y comunes entre los adolescentes salvadoreños.

LOS CLÁSICOS

Nunca hubo gente tan emocionada. Esta noche, los fanáticos de Unión 13 están en trance total. Ese grupo de abalanzados bailadores de *mosh*



[donde se golpean unos contra otros] amenaza con caer sobre cualquier espectador y por momentos parecen tan entusiastas que uno puede imaginar que puedan darle fuego al lugar.

La violencia se respira en el aire. Entre empujones y jalones un punk toma un ladrillo como proyectil y sus compañeros amenazan con palos a otro grupo que está del otro lado del portón del centro de conciertos de la Plaza del Artista. Golpes amenazantes contra la puerta. Pasados los minutos, se calman los ánimos y nadie sale herido.

Un joven, entonces, mira a su alrededor y se dice que esto es algo único. Nunca creyó que algún día iba a ver a estos iconos del hardcore punk en vivo. El grupo entra en trance arriba del escenario, sus integrantes gritan y sudan, pasándole el micrófono a la primera fila del público. El bajista ya no tiene voz.

Edward Escoto, su vocalista, se reúne esta noche con su padre, Ramón Escoto, luego de ocho años de no verse. Ramón es hondureño y viajó desde San Pedro Sula para escuchar a su chico. Luce conmovido. Al finalizar el frenesí, repite con orgullo: «Este es mi hijo», tomándolo de la mano.

Ramón contó, minutos antes, que nunca había visto en escena a su hijo, ni sabía muy bien de su popularidad.

De abuelos salvadoreños y papás hondureños, Edward se muestra feliz de haber recibido «el corazón» de su público, que aunque poco numeroso se derrochó en intensidad, y que abarcaba desde gente adulta —jóvenes adultos profesionales y ejecutivos— hasta adolescentes.

Todos los que quieren una foto con la banda se la toman y algunos se van siguiendo al grupo hasta su siguiente concierto en Guatemala. Es una especie de comunión en la que los integrantes de la tribu aprenden a creer que Dios bajó a la tierra en forma de bandas de música como Unión 13, o más allá: The Misfits.

Rodrigo, de 15 años, recuerda de memoria la fecha, 24 de agosto de 2008, cuando estos dioses bajaron del Olimpo a visitar la Feria Internacional de El Salvador. Al contrario que en otros países, en El Salvador, por ser parte de la periferia cultural y económica del continente, no suelen tocar bandas como The Misfits.

Pero la excepción había ocurrido y Rodrigo estaba soportando el peso de decenas de personas que lo empujaban contra la reja de seguridad de la primera fila. A su corta edad, entendía que formaba parte de un momento irrepetible en su historia personal y la de muchos. Tenía enfrente a una banda que durante treinta años ha sido el estandarte del género, creadores del horror punk, y con Jerry Only al frente, en bajo y voz.

En el fondo, dijo, no le molestaba la posibilidad de caer aplastado. Era lo de menos. Había llegado el momento, y luego de ahorrar por meses para su boleto, tenía a sus ídolos enfrente.

Pero no todas las historias tienen un final feliz, y mucho menos las historias que se viven en la adolescencia.

Alguien, un alguien que violó la religiosidad del momento, aventó una botella de agua al gran Jerry Only, quien abandonó el escenario. Todo

lo que vino después sería debacle, gas pimienta, consternación, acusaciones de mala organización, tristeza e insultos rabiosos en Youtube hacia el culpable que, para su suerte, no fue descubierto. Hasta octubre, el vídeo que recoge lo ocurrido a Jerry Only aquella noche tenía 26 mil clicks. Los cibernautas insultaron, con todo el diccionario de palabras obscenas, al que se atrevió a ofender al dios del punk.

Como dice Mario, ser punk no significa solo «andar rolando». «Es difícil ser punk en El Salvador, no solo por la policía y la sociedad, sino en parte por los imbéciles que solo llegan a hacer desvergue».

CUANDO EL TIEMPO PASA

La novela *La naranja mecánica* termina cuando Álex, al salir del centro de readaptación, y de vuelta al bar lácteo y a sus amigos, se encuentra con Pete, un antiguo compañero quien ya está casado y tiene hijos. Entonces Álex contempla la idea de incorporarse a la sociedad.

Este libro plantea el debate entre la libertad individual y el bien común ordenado por un Estado autoritario y tirano, capaz de torturar a sus miembros.

Osiris aclara que ese incorporarse laboralmente a la sociedad no tiene que implicar dejar de ser punk. «Mi ideología es parte de mí, no pienso dejarla, me veo trabajando porque de algo tenemos que vivir, en superación académica voy

a llegar hasta donde pueda. Claro que, cuando ya tenés un trabajo, tu forma de vestir tiene que cambiar, pero la forma de vestir no te da la forma de pensar, y tu forma de pensar es tu forma de vivir», asegura.

Cuenta que su hermano punk, por el que ella ingresó al movimiento, ahora es parte de una iglesia evangélica, luego de malas experiencias con drogas.

En la mesa alta del bar, La Vieja y Dros, de Adhesivo, recalcan que los punks también crecen.

«Aquí no es Estados Unidos, donde podés llevar ese estilo de vida y trabajar, aquí no se puede por el tipo de sociedad en la que vivimos, es decir, una cultura no muy abierta a estas cosas», se queja La Vieja y completa fatídico: «De trabajar en una central telefónica no vas a pasar».

Dros matiza: «Incluso la misma sociedad te lleva a cambiar, de nada sirve el desorden, al final la gente dice que nosotros hemos cambiado pero no ha sido así, simplemente creo que nos tomamos más en serio. ¿Qué prefiere la gente? ¿Seguir siendo changoneta? De eso no iba a vivir Adhesivo».

Sin embargo, Dros cree que hay ideales punks que perduran como el «no dejarnos manipular, mantenerte siempre original, no dejarte influenciar, siendo fiel a tus principios».

El Dros se adelanta a las críticas: «Yo no usaría la palabra vendido, no he cambiado mis ideales, simplemente, la idea de los punks que yo escuchaba de pequeño y que ahora son bandas legendarias es porque empezaron haciéndolo como ellos mismos y nunca dependieron de na-

die más, creo que eso todavía perdura. Si no lo hacemos nosotros, no lo va a hacer nadie más. Si se buscan oportunidades, puertas y gradas, pero el hecho es que has llegado ahí por ti».

El «Hazlo tu mismo» (HTM o DYS por «*Do It Yourself*») es otra de las frases y pensamientos esenciales del punk que consiste en no depender de los otros para hacer las cosas que le interesan al individuo, desde las más cotidianas como las reparaciones de la casa y la ropa, hasta organizar dentro de los subgrupos los sistemas de trabajo, comunicación, edición y distribución de fanzines. Esta tendencia tienen implícita un rechazo al capitalismo que, según los punks, incita al consumo y al abuso de los servicios profesionales, para mermarle al sujeto la capacidad de satisfacer sus necesidades por cuenta propia.

En El Salvador, el HTM se manifiesta en que varios de estos chicos prefieren comprar su ropa de segunda mano, en el centro de San Salvador, hacer serigrafía para estampar sus símbolos, reciclar, reutilizar, hacer por sí mismos sus fanzines y revistas, consumir lo menos posible productos importados o de las transnacionales. Hay de todo, por supuesto y algunos son más coherentes que otros. Es difícil continuar por esa senda.

¿Los punks pueden mantenerse ortodoxos cuando envejecen? Es difícil, sin duda, como dice Wilfredo, pues la mayoría entra siendo adolescentes al movimiento y sale antes de los treinta.

Ante la pregunta de por qué no todos llegan a los treinta, Wilfredo explica que, al principio,

cuando ingresan a la tribu, necesitan divertirse, aún están en el colegio o en la escuela, no tienen responsabilidades muy grandes y sí mucho espacio para hacer las revistas, repartir panfletos, organizar conciertos, ensayar y tocar instrumentos.

«A medida va pasando el tiempo... la universidad, tenés hijos, todo eso influye, además que en un inicio empezás con una gran convicción», reflexiona.

—¿Y luego la realidad te va frustrando?

—Quizás sí, la realidad un poco, o pensabas que el movimiento era otra cosa y, cuando mirás para atrás, decís «quizás no era como pensaba...»

—¿Se descascara la utopía?

—Las personas no fueron muy firmes, la gente cambia, yo seguí, todavía soy vegano, ya no ostento tanto esto, qué soy o qué no soy, sino que también es parte de mi vida, como que van cambiando las cosas... Vas madurando, no sé si es la palabra correcta.

Incluso un adolescente como Mario, quien guarda con celo la identidad de su madre, duda de su futuro punk.

—¿Cómo te ves en diez años?

—La verdad, no sé eso, el tiempo lo dirá, ahora solo pienso en vivir el presente

El chico se despide, esperanzado que nuevamente bajen los dioses del Olimpo a tocar en El Salvador en forma de banda de punk. Tal vez esta vez alcance a ver a The Casualties, y no se quede afuera rondando y bebiendo, como en el concierto de Union 13, cuando no pudo entrar porque no tenía dinero para comprar el boleto.

Entallado en su sudadera negra, el vocalista de Unión 13, Edward Escoto, les deja un mensaje a sus compañeros salvadoreños: «Sigán con la lucha, no se dejen derrotar, nosotros vinimos de barrios pobres, vivimos en tiempos difíciles con pandillas y drogas. Para nosotros, la música fue un escape. Hay que seguirle para adelante, soñando siempre».

Y Mario seguirá con su propia lucha: que sus compañeros punks no sepan que su madre es policía.



NOMBRE DE TRIBU: REGGAE

DEFINICIÓN:

Grupo de jóvenes salvadoreños que gustan de este género musical y están inspirados, en parte, por el rastafarismo jamaicano. Como valores creen en la armonía y en el amor hacia la naturaleza y entre los seres humanos.

CARACTERÍSTICAS DE LA TRIBU

1. **PELO:** El más característico es «dreadlocks» o rastas, pelo ensortijado al estilo jamaicano.
2. **MAQUILLAJE:** Indistinto.
3. **COLOR DE LABIOS:** Indistinto.
4. **ROPA:** Hippie, con predominancia de colores y accesorios verde, amarillo y rojo.
5. **PANTALONES:** Guatemaltecos, de manta.
6. **ZAPATOS:** Chanquetas o tenis.
7. **MÚSICA:** Bob Marley, Cultura Profética, Anastasio y los del Monte.
8. **ANTAGONISTAS:** Quienes escuchan reggae pero irrespetan los valores naturales y de armonía.

reggae

El trance a la armonía: Baile y bocanadas a ritmo de reggae

La cultura reggae destaca como valor la armonía entre los seres humanos y la naturaleza, por lo que es curioso que donde más abunde la tensión sea en los conciertos de este tipo de música, y donde se generen más altercados de violencia.

Elvia y Fernando se sienten incómodos. Descansan en la terraza de un restaurante en un centro comercial de San Salvador. Hay sombra, pero las sillas en las que están sentados son de cuero de vaca. No logran acomodarse, cruzan y descruzan las piernas. Y es que ninguno de ellos come carne, ni apoyan la muerte de animales. Lo dicen con orgullo. Además de tendencias de consumo vegetal, ellos comparten el hecho de que les griten cosas en la calle. A él: Bob Marley. A ella: Hija de Bob Marley.

Muy lejos de Jamaica, y mucho más de Etiopía, Elvia, de 20, y Fernando de 24, estudiantes universitarios salvadoreños, son parte de una tribu urbana inspirada en el emperador etíope Haile Selassie, quien reinó en ese país africano



durante dos distintos períodos a lo largo del siglo pasado y quien para la religión rastafari fue la reencarnación de Jesucristo.

El término musical reggae, derivación de *ranga*, a la vez abreviación de *raggamuffin*, significa harapiento, y surgió precisamente de la cultura popular jamaicana y de las aspiraciones culturales y sociales de la raza negra.

El rastafarismo encontró a uno de sus principales exponentes en Bob Marley, el cantante mítico de reggae, icono de esa cultura, portador de *dreadlocks* o rastas, es decir, pelo ensortijado al estilo jamaicano, como las que Elvia y Fernando utilizan.

Ambos jóvenes admiten que no es lo mismo pertenecer a la religión rastafari —algo que no

existe en El Salvador— que amar el reggae, y buscar mediante sus mensajes una armonía con el mundo y la naturaleza. Ideales que se convierten en el componente básico para saber si se pertenece a la tribu, o si solo se sigue el reggae como parte de una moda, explican.

Este ritmo musical, que apasiona a personas de diferentes extracciones sociales y políticas, está en pleno apogeo, luego que tuvo su boom en 2003, cuando la banda Anastasio y los del Monte puso a bailar a más de una generación y enarbó los colores del león de Judá, símbolo etíope.

Días antes que Elvia y Fernando —a quien todos llaman Fher— presuman la foto del chao meín vegetariano que se acaban de comer, se sientan incómodos platicando sobre unos sillones de cuero de vaca y recuerden una vieja historia sobre los poderes curativos y alucinógenos de una cáctacea; esperaban en la entrada del concierto de la banda argentina Nonpalidece, donde hubo de todo, menos la armonía que promulga el reggae.

Antes de entrar al local donde se agolpaban la agresividad, el humo y los borrachos; los chicos esperaban pacientemente, platicando apartados de la fila a orilla de la calle, sobresaliendo de la multitud por sus dreadlocks o rastas que siempre blanden con orgullo y los identifican frente a otros miembros de esta tribu urbana u otras antagónicas.

Hacerse unos dreads no es tan fácil, se necesitan por lo menos siete pasos técnicos y mucha paciencia para llegar a tener unos, entre estos separar el cabello, enredarlo y encerarlo, para

.....
 Hacerse unos dreads no es tan fácil, se necesitan por lo menos siete pasos técnicos y mucha paciencia para llegar a tener unos, entre estos separar el cabello, enredarlo y encerarlo, para luego compactarlo

luego compactarlo. Todo se hace con las manos y con ayuda de varios voluntarios, casi siempre amigos. Hay una serie de productos especiales para lograr estas curiosas trenzas que si bien no son «obligatorias» para identificar a esta colectividad juvenil, sí otorgan a sus portadores estatus dentro del grupo.

Aquella noche, Elvia y Fher platicaban, entre otras cosas, sobre el sentido que cobra ser un reggae en El Salvador. Lo cual va más allá de un par de trenzas.

LA ESPIRITUALIDAD

Elvia reconoce que su vida cambió al ingresar al movimiento reggae: «Antes era como más triste, ahora soy como una luz, me cambió».

Fher asegura que ambos son vegetarianos y no precisamente por la cultura rastafari sino por el respeto que quieren demostrarle a los animales, la naturaleza y el medio ambiente. «Yo no boto basura en las calles, trato de ser más armonioso, aunque no siempre se me da, pero de verdad te cala (el mensaje de la música), buscás lo mejor», completa.

El egresado de ingeniería en sistemas, diseñador y colaborador de una página de música, ase-

gura que este género, escuchado en altas dosis, tiene un efecto terapéutico en algunos jóvenes que antes se mostraron problemáticos: «Es un mensaje que se les va metiendo de a poquito, son bien relax, no hay desmadre ni problema».

Aunque critica que algunas personas que recién han intentado sumarse al movimiento no se ubican: «Tienen un mes de escuchar reggae, y ya son rasta, rasta Jorge, rasta Mauricio... Desde mi punto de vista, hay personas que viajan esto como una moda, ves una persona y la ves con dreads o algo verde, amarillo y rojo pero se salen de los márgenes, fuman, toman, se drogan, entonces no está la esencia».

Insiste que los que realmente quieran pertenecer a esta colectividad deberán ser coherentes en sus patrones de consumo y relacionarse armónicamente con los demás y la naturaleza.

Para él, dependerá de quienes con los años se queden en este movimiento para ver si se crea una tribu urbana sólida o simplemente pasa de moda como ocurrió con el grunge, subgénero del rock de los noventa.

Para mientras, las redes sociales entre estos jóvenes que gustan del reggae crecen en la vida cotidiana, conciertos, páginas web y blogs. No poseen una jerarquía o una repartición de funciones, sino que comparten y operan por vínculos de amistad, coincidencias en los centros de estudio, o porque van conociendo a los amigos de sus amigos.

Un miembro de esta tribu tiene a la mano los números telefónicos de sus más allegados, con

los que comparte los gustos de consumo cultural y las confianzas, pero no necesariamente una colectividad organizada.

Las relaciones de Elvia y Fher con la demás comunidad reggae se van sucediendo más fácilmente ahora que tienen dreadlocks que los identifican, explican, pues en la calle han conocido a otros amantes de este género, quienes les preguntan cómo se hicieron las rastas o simplemente los saludan como a viejos conocidos, aunque sea la primera vez que los vean.

«Cuando conoces a uno, conoces a todos», dice Fher, y subraya la palabra «hermandad».

Julio Ramírez, promotor musical, lo explica a su manera: «La música comunica un mensaje social, de justicia, de paz, de armonía, de buena vibra, la gente ve a un rasta con su pelo *chirizo*, y si te les acercás, no huelen mal, se lavan el pelo. Aunque la gente los ha estereotipado, son personas muy relajadas, muy buena onda, si te pasa algo, ellos te ayudan, hablando ya como un grupo».

Esa discriminación de la que habla Ramírez estaría a la orden del día, coinciden Elvia y Fher, a quienes en la calle comúnmente les gritan «monos *chucos*» o «lavate el pelo», y no solo eso, a veces, la gente se aparta, les grita o habla a sus espaldas.

Estos ataques, para Elvia, sonriente siempre, constituyen simple folclor, porque según su percepción a toda la gente le gritan cosas en la calle sea rasta o no. Para Fernando, en cambio, estos gritos son expresión de discriminación, empapada de la cultura machista y conservadora salvadoreña.

Pero en vez de discriminar a este grupo, los salvadoreños tendrían que ir acostumbrándose, dice Álex Huezo, guitarrista de Mística y Raíz. «Puesto que cuando el reggae llega a una nación, a una sociedad, llega para quedarse para siempre», asegura.

Como muestra, dice, las aproximadamente tres mil personas que se fueron a la playa en junio pasado para presenciar el concierto de la banda puertorriqueña Cultura Profética.

Álex también remarca el sentido espiritual de esta cultura. De familia católica, siempre creyó que la Biblia era «literatura hebrea y nada más», pero su impresión cambió cuando al acercarse al reggae, encontró estos pasajes hechos canciones.

Para esos días, el joven había perdido a su abuela, cuya estampa sonríe hoy desde el marco de una foto de su casa de San Ramón.

Álex exploraba algún camino que llenara o dotara de sentido la pérdida. Se topó con el reggae, dándose cuenta de que era otra forma de ejecutar y componer música, y descubrió que contenía «el mensaje que yo siempre había querido transmitirle a la gente». El mensaje no solo de cuidar a la naturaleza, sino entre las personas.

El THC

El común de la gente que escucha reggae fuma marihuana. No es nada nuevo. Las letras de las canciones de este género hablan de amor, de encontrar armonía con el mundo y de todo el tran-

Los saludos y las pláticas se multiplican y al fondo varias bandas tocan sin que nadie les preste demasiada atención. Cerca de las gradas es fácil guiarse hacia donde está el origen del olor a hierba.

ce que puede ocurrir cuando uno fuma un poco de *ganja*, hierba sagrada para los rastafaris.

El viaje no siempre es fácil. Una joven veinteañera, universitaria, de clase media, contaba entre risas la vez que fumó tanto que terminó viendo cómo los puntos de su cubrecama tomaban vuelo y se quedó clavada oyendo una misma canción durante varios minutos, cuando esta ya había terminado de sonar. «Estuve a punto de decirle a mi mamá que me llevara al hospital», se ríe.

O el caso de otro joven reggae que relataba la anécdota de que en Guatemala, en un concierto de Iguanamanga, le dio «la pálida», sensación que deja a la persona asustada como si hubiese visto un espanto, produce escalofríos y baja la presión. El chico asegura que se la quitó masticando chicle.

La *mota* es parte del movimiento. Gajes del oficio. Como quedó claro esta tarde en El Cafetalón, cuando diversas tribus urbanas se dieron cita en el Festival de la Juventud de Santa Tecla.

Mientras un par de policías, una mujer y un hombre, guardas del parque, platican coquetamente, adentro el olor a marihuana fluye intenso. Punks, skins, metaleros, reggaes y otros desfilan por la polvorienta cancha de fútbol.



Los saludos y las pláticas se multiplican y al fondo varias bandas nacionales tocan sin que nadie les preste demasiada atención. Al acercarse a las graderías, es fácil guiarse hacia dónde está el origen del olor a hierba. De camisas *hippies*, con el dibujo de un puño socialista que en vez de sostener la clásica rosa muestra una hoja de marihuana, sonrientes, de ojos brillosos y enrojecidos, están los flamantes miembros del colectivo de los THC (Todos Haciendo Conciencia o bien Tetra Hidro Cannabinol, sustancia activa de la marihuana).

La primera vez que vimos a los THC repartían volantes en la marcha universitaria del 30 de julio, en los que aseguraban que: «Creemos firmemente que nadie más que nosotros mismos nos va a liberar».

«THC busca resaltar aquella libertad que nunca nos van a poder quitar», remataban. En su página web enarbolan sus valores: Amor a la vida, soberanía individual, impasibilidad, tolerancia y humildad.

Este colectivo se declara secreto y sus miembros dicen que tampoco pueden revelar dónde se reúnen periódicamente. Para identificarse lo hacen con sus pseudónimos, varios en honor a la marihuana: Juan, Venancia y Nancy, de 22 años; Mary Jane y Lilo, de 20; David y Rolando Montes, de 17.

Están reunidos debajo de unos árboles, se apartan de la multitud que llena el Cafetalón e inmediatamente, como activando un detonador, disparan un discurso bien articulado y político,

a pesar de que dos de ellos apenas cursan educación media. Hablan con vehemencia, se interrumpen. Aclaran que su trabajo no es político partidario sino de concientización colectiva.

Insisten en que el objetivo de su grupo no solamente es defender la despenalización del consumo de marihuana, sino generar conciencia crítica ante los problemas de actualidad, locales e internacionales.

Rolando arranca: «A varias personas se los explico así de simple: por querer darte un *porro* en un parque, ¿Sos un criminal? ¿A quién le estás haciendo daño? Si le preguntás a un científico, a un biólogo, te va a responder que ni siquiera te estás haciendo daño a vos mismo. El punto es: ¿Por qué meter preso a alguien solo por fumar hierba?». Sus ojos están rojos por el último porro.

Los chicos afirman que detrás de la penalización del consumo de marihuana existen conspiraciones de las transnacionales farmacéuticas que ganan millones con sus patentes. Critican que se haya perdido la costumbre de curar enfermedades de manera natural, con albahaca, «o con algo de marihuana en alcohol». Sus voces son de total seriedad.

Creen que si se despenalizara el consumo de esta hierba, tal vez muchos jóvenes preferirían fumarla en vez de abusar de drogas químicas. Sueñan. Además, protestan: «Si el tabaco hace tanto daño, ¿Por qué no lo prohíben también?»

A coro, las chicas del grupo dicen que están cansadas del estereotipo del marichuanero,

considerado por la sociedad salvadoreña como vago, loco y flojo. Ellas piensan todo lo contrario. Admiran al marihuanero, a la marihuana y apoyan su consumo, empezando por practicarlo ellas mismas.

Lilo toma la palabra y explica por qué nace este colectivo, más allá de la amistad y de una revista que les dejaron como tarea en el colegio: «Queremos hacerle ver a la gente que cada hombre, cada mujer, somos sujetos de cambio, que deberíamos estar comprometidos para cambiar este país, conocer nuestra realidad y nuestro pasado».

Algunos miembros de THC creen que las tribus urbanas son una alternativa a las pandillas delincuenciales.

Sobre estas últimas, reflexiona David: «Hay algo que tenemos en común todos los jóvenes de El Salvador y es el hecho de que es más fácil pertenecer a una pandilla y vivir bien así, que estudiar, y a ver si luego trabajás».

Mary cree que muchos jóvenes se meten a las maras porque no tienen nada más que perder, dadas las circunstancias que los rodean: Marginación, ausencia de los padres o familias desintegradas.

Juan critica a todas aquellas personas que creen que la solución a las maras es simplemente encarcelarlas o matarlas. «No se preocupan por saber realmente por qué razón están haciendo lo que están haciendo, por qué están matando a otra persona, sin conocerla, odiándola sin saber quién es, qué hace, solo por estar en una pandilla diferente. Si bien hay cuestiones externas que po-

dría propiciar tu medio ambiente como para que terminés liberando tu energía en agrupaciones violentas, no es algo enteramente interno».

Como joven, miembro de otro tipo de agrupación, cree en el libre albedrío y no solo en el condicionamiento social: «La persona siempre tiene la decisión y si él decidió que lo “brincaran” para pertenecer a la pandilla, fue él, nadie más».

Juan y David concluyen que THC también tiene como objetivo crear conciencia a los salvadoreños sobre la coyuntura actual, pero también sobre «el enemigo».

«Decimos enemigos a los que nos toman de enemigos a nosotros, que son las clases dominantes, ellos se encargan de nuestra educación y los planes que vienen desarrollando tienen ya cientos de años», acota David.

Se trata, pues, de «desenterrar el hacha de guerra» contra la sociedad adulta, como lo mencionaron en su momento los autores del libro *Tribus urbanas, en busca de una identidad juvenil*.

Meztli, 24 años, pintándose las uñas de naranja en la sala de su casa de la colonia Layco, con reproducciones de Frida Kahlo mirándola desde los muros, también explica que el reggae contiene toda esa energía de crítica social que descargan los THC.

Se declara una joven altamente inconforme con el sistema económico actual: «A mí me gustó el reggae no solo porque cantaba canciones de pajaritos, hay mucha gente a la que le empezó a gustar por el hecho de los contenidos, algunos son contestatarios y hablan de no estar confor-

mes, como muchos géneros musicales, pero no tan violento, como más armonioso».

Meztli es hija de la poeta y feminista de izquierda, Silvia Matus. De su mamá aprendió, entre muchas cosas, su amor por Bob Marley. En el cuarto de la chica, destaca el cartel del cantante jamaquino y una bandera verde, amarillo y rojo.

Sobre el tema de las pandillas, Meztli cree que si hubiera más divulgación de los géneros musicales que escuchan las tribus urbanas, éstas podrían ser una de las alternativas para que jóvenes no ingresen a agrupaciones de corte delincencial.

Álex, del grupo Mística y Raíz destaca cómo el reggae ha interesado por la ejecución musical a muchos jóvenes de los barrios más populosos de San Salvador, alejándolos de la delincuencia. Chicos que lo buscan después de cada concierto, para preguntar cómo pueden empezar a tocar reggae.

LA PARADOJA

La cultura reggae destaca como valor la armonía entre los seres humanos y la naturaleza, por lo que es curioso que donde más abunde la tensión sea en los conciertos de este tipo de música, y donde se generen más altercados de violencia.

Puede ser, como sostuvieron muchos entrevistados, que el reggae está de moda y a los «toques» llegan miembros de otras tribus, «civiles» y hasta «fresas», chicos de clases medias altas y

altas que ostentan su condición de superioridad económica frente a los demás.

Una noche fui a escuchar a la banda argentina Nonpalidece en el Foro Live de la Zona Rosa. Eran un poco más de las siete de ese viernes de julio y en el parqueo muchos adolescentes fumaban tabaco y tomaban, algo supuestamente contrario a la ideología más pura del reggae, la más natural. Sin embargo, no todos iban identificados con la vestimenta o accesorios propios de esta tribu.

Fue avanzando el tiempo y el público no terminaba de entrar al foro. Poco a poco fue sumándose más gente a la fila. A las ocho sonaban en altos decibeles Los Fabulosos Cadillacs, mientras los nacionales de Mozote intentaban ajustar sus instrumentos, lo cual les tomó casi una hora, entre varias pruebas y la impaciencia creciente del público.

La luz se cortó por primera ocasión, ningún extractor de humo se apreciaba a simple vista y el humo de los cigarrillos se iba acumulando. Para mientras, el parlante reproducía los éxitos más pop del reggae, sonaba un viejo CD de Gondwana y alguna que otra pieza de corte comercial.

Sentimiento original hacía tararear a algunos de los asistentes, mientras se reproducían el ícono de Bob Marley en camisetas negras, las banderas verde amarillo y rojo y los gorros de lana para sostener los dreads o el pelo que caía liso sobre los hombros.

Entonces, afuera sonó un golpe seco. Algunos testigos dijeron que el vigilante disparó al



aire para evitar que algunos menores de edad se saltaran la barda. Las versiones se contradecían y otros dijeron que lo que sonó no fue un disparo, sino un golpe. La tensión crecía.

Los ánimos se calentaban, un grupo de *batucada* logró hacer bailar a los sudorosos espectadores, mientras los organizadores se comían los nervios tras bambalinas por los problemas de seguridad, sonido y luz. Las paredes del local vibraban al ritmo de las percusiones.

El humo de centenares de cigarros fue penetrado por un suave pero reconocible olor a marihuana, un borracho sin camisa bailaba enfrente de los músicos, tambaleándose, el dueño de un blog de reggae insistía en conseguir asiduos a pesar de que su publicidad verbal de persona a persona era casi inaudible por la fuerza de los tambores y los parlantes.

«¡A qué horas la banda, pendejo, para eso pagamos!», le gritaba un impaciente al animador que anunciaba el próximo concierto de reguetón y quien fue doblemente abucheado por su atrevimiento.

Todo siguió degenerándose cuando se fue la luz por segunda vez, luego que Mozote por fin lograra conectar, y tocar, tranquilizando solo temporalmente al auditorio.

Al concluir el bloque designado a los teloneros, la gente salió a respirar y tomar aire. En ese momento, adentro y afuera, varios borrachos agresivos se tambaleaban y no se respiraban ni armonía ni amor.

David, un fotógrafo y cantante que cubría el evento, se quejaba: «Ahora que está de moda todos tocan reggae, los músicos de otras bandas nacionales, van y tocan reggae».

En resumen, antes que Nonpalidece entrara en acción, ya el ambiente se había tornado denso, incómodo. Un borracho me tocó las nalgas y cuando por fin salí a la calle me pregunté si el amor y la paz que tanto promulga esta tribu se habían escapado esa noche demasiado lejos.

Días después hubo un concierto de Pablito Molina en la Feria Internacional. A la entrada, la policía no dejaba ingresar a aquellos que no mostraran su Documento Único de Identidad (DUI). Mientras la policía acosaba a los jóvenes y los dejaba en la puerta mojándose bajo la lluvia, al interior, de nuevo, el humo de los cigarrillos se multiplicaba dentro de un local sin salidas de emergencia. Tomar agua era más caro que tomar cerveza y los borrachos empezaban a hacer de las suyas incomodando a las mujeres.

La vocalista del grupo costarricense Kingo Lovers casi cae de chapuzón al público por un borracho que se subió a la tarima y la empujó. Pero logró estabilizarse y retomar su canción.

Pablo Molina, de 44 años, argentino, quien fuera guitarra y voz de la banda Todos tus muertos hizo su entrada triunfal al escenario, vestido de sombrero y chaleco. Sombrero que luego le arrebataría alguien del público.

El ídolo tocó uno a uno varios clásicos del género, hablando de amor, y de Jah, abreviatura de Yahvé (Jehová). El rastafarismo cree que los jamaicanos y las personas de raza negra son descendientes de los israelíes, y por lo tanto del pueblo «elegido por Dios». Por eso, las canciones de este género contienen referencia a esa deidad.

A pesar de todas las letras dulces, positivas y hasta cursis, dejadas escapar por el cantante argentino, la «buena vibra» fue lo que faltó, y el concierto terminó luego de una gresca entre varios asistentes.

LA HERMANDAD

Elvia y Fher se conocieron mediante la web social hi5 hace dos años. Ahora son muy amigos, salen juntos, comen juntos chao mein, y su relación aunque sigue teniendo su parte virtual en el *Facebook*, se concreta en una rutina semanal fraterna y afectuosa.

Aunque aquella tarde en que se sentaron en los sillones de cuero de vaca, Fernando no quería establecer como punto de reunión un centro comercial, accedió porque era más fácil para su amiga. Elvia es más callada que su interlocutor, fuma tabaco y siempre está sonriendo. En medio de la conversación, su amigo le critica su adicción al cigarrillo. Ella sonríe más.

Fernando insiste en resaltar lo que se encuentra en los conciertos, la incongruencia de ciertos jóvenes que no entienden el mensaje del reggae y se dedican a tomar, fumar y hacer relajó. «El *trip* este de Jah love y ondas así, entonces la gente piensa que oyendo reggae y teniendo dreads te van a tratar de esa forma, tratan de inspirarte algo armonioso, vos te los encontrás en la calle y te saludan, pero es cierto, no todos te saludan, no todos captan esto de la armonía, puede que de repente entre algunos haya riñas».

Elvia recalca la parte positiva, cuando fluye la coherencia y hermandad. Se ríe de la ocasión cuando con otros dos amigos convencieron a una dependienta de que eran hermanos porque usaban rastas, y porque según tenían una abuela hondureña. Lo cual no es cierto.

La chica asegura que lo cómico se torna difícil cuando sale a pasear con su mamá y la gente le dice cosas o se le queda viendo raro, pues la señora no está acostumbrada a estos asuntos de la tribu de su hija. «Con el tiempo te sentís como normal, porque no es que seas anormal», remata.

Esta frase la puso junto a otros comentarios de Fernando para explicar que si bien las escenas o tribus urbanas están aparentemente separadas por su estética y costumbres, y al ingresar a ellas los jóvenes forman parte de un solo grupo, también se pueden dar otras combinaciones posibles, y alguien puede ser parte de varias «escenas» a la vez.

Llegados al parque Maquilishuat, Fernando se acuerda de cuando de pequeño su padre los llevaba a pasear a las áreas verdes y reflexiona como ahora los espacios públicos no son los más frecuentados sino los centros comerciales.

De la nada, Elvia se suelta a hablar de su iguana Tequilo, a la que tuvo que cambiarle el nombre cuando se dio cuenta de que era macho y ya no podría nombrarla Tequila. El tiempo se les

pasa a los dos amigos recorriendo los senderos boscosos. Descansan.

Elvia aspira su cigarrillo, se enorgullece de ser una de las poquísimas salvadoreñas que usa dreads. Dice que sus amigas de la universidad son «variadas» y aunque no van a toques de reggae, la fraternidad con ellas también subyace.

Fernando vuelve al tema de la marihuana. Ninguno de los dos fuma, aseguran. Fernando diserta: «No sé, pienso que quizá el consumo de marihuana es algo común ahora entre la juventud, no solo en las personas que usan dreads y escuchan reggae, igual lo hacen las personas que escuchan metal. Creo que es indiferente, es más cuestión de gustos. En nuestro caso es obvio, la música reggae trae de trasfondo la marihuana».

Sería como escuchar a Bob Marley o Cultura Profética sin que se te antojara fumarte un porro, explica. Un mensaje repetido en una canción cala en la curiosidad juvenil, asegura.

Fernando celebra que a su trabajo puede llegar en sandalias y en dreads, mientras Elvia dice que lo pensaría si llegase la hora de tomar un empleo que le obligara a cortarse sus rastas. Y es que le ha costado tanto mantenerlas.

Los chicos se despiden, toman autobuses en distintas direcciones, hasta la próxima vez que se vuelvan a encontrar y tal vez coman otro chao mein vegetariano, pero eso sí, lejos de los sillones de cuero de vaca.



NOMBRE DE TRIBU: METALEROS

DEFINICIÓN:

Grupo de jóvenes adultos, y algunos adolescentes, que comparten su gusto por el rock metal. Sus valores principales son la hermandad, «no dejar perder al otro», y actuar con autenticidad, «sin poses». Piensan que la vida hay que vivirla sin complicaciones. Su rito ceremonial por excelencia es el concierto, donde algunos practican el «mosh», baile en el que se golpean unos contra otros.

CARACTERÍSTICAS DE LA TRIBU

1. **PELO:** Largo.
2. **MAQUILLAJE:** Oscuro.
3. **COLOR DE LABIOS:** Indistinto.
4. **ROPA:** Jeans, capas, chamarras y camisetas oscuras.
5. **PANTALONES:** A veces de cuero o plástico negro.
6. **ZAPATOS:** Botas negras.
7. **MÚSICA:** Iron Maiden, Helloween, ACDC, Anthrax, Judas Priest, Tierra Santa, Lujuria, Gaia Metal y centenares más.
8. **ANTAGONISTAS:** Los emos, pero no los atacan.

Los héroes prometeicos del metal

.....
Existe una clara conciencia de clase, puesto que son muy diferentes los roqueros de la Arena El Salvador que los que se reúnen en La Luna Casa y Arte. Estos últimos forman parte de las clases medias altas y altas de la capital.
.....

En 1994, el baterista Alfredo Marinero se enteró de que su novia estaba embarazada. Aunque quería una niña, se emocionó cuando supo que se trataba de un primogénito. En ese entonces, su grupo favorito era Morbid Angel, cuyo guitarrista se llamaba Trey. En honor a este, nombró a su primer hijo Trey Adrián, sumándole los apellidos respectivos: Marinero Ascencio. Las iniciales de su hijo son TAMA, que coinciden con el nombre de una conocida marca de instrumentos de percusión. Eso no fue casualidad. Al contrario, todo fue premeditado y el nuevo padre se previno para el futuro: le advirtió a su mujer que de ahí en adelante sus hijos formarían con sus nombres la abreviatura TAMA. La disposición se cumplió y después de Trey, que ahora tiene 14 años, vinieron a

la familia Thelema Aileen Marinero Ascencio (TAMA), de 8 años, y Taira Argentina Marinero Ascencio (TAMA), de 4.

El patriarca de la familia TAMA explica que Thelema es el nombre de una bruja medieval, que luego le dio nombre a un disco escandinavo de metal. En cambio, Taira es el nombre de una modelo estadounidense. Es que la mamá también tenía que expresar sus gustos.

Alfredo es uno de los fundadores del Rockers Club. Es decir, líder de la tribu madre de las demás tribus urbanas de El Salvador. Icono perseverante de toda una contracultura, Alfredo marchó el 30 de julio en la manifestación conmemorativa de la masacre de estudiantes universitarios por el gobierno militar de 1975, en San Salvador. Ese día participó sin su camiseta negra de mangas cortadas con las que siempre muestra sus tatuajes. En cambio, ese día de protestas sociales lució una camisa manga larga, bien planchada.

LA FAMILIA

Los metaleros salvadoreños son una familia. El Rockers Club tiene ya dos décadas de existencia. En todo este tiempo, la asociación ha visto crecer a varias generaciones de mujeres y hombres que se sienten parte de una colectividad trascendental que, como el héroe griego Prometeo, ha arrebatado a los dioses un trozo de su gloria —el rock— para entregárselo a los simples mortales.

Entrar en sus filas es parte de un rito vital. Un entregarse a la música y a un colectivo. Desde fuera, el extraño logra atisbar la importancia que, para cada uno de ellos, tiene este culto musical, esta forma de ver el mundo sin complicaciones, con respeto a sus semejantes y entendiendo que son parte de «algo más grande» que ellos mismos.

Hace poco cerraron uno de sus ciclos. En un día encendido de calor a las 5 de la tarde, en la Arena El Salvador, en San Jacinto, entraban y salían desocupando su penúltima guarida.

El Rockers Club tiene veinte años de existencia y aglutina a los amantes del rock metal, al contrario que otras tribus urbanas, éstos sí están organizados, hay un líder fundador, Marinero, y todo un equipo encargado de organizar conciertos nacionales, contactar artistas internacionales, garantizar la seguridad de los eventos, producir a las bandas y preparar la logística de festivales afuera de la capital.

El local estaba derruido y sucio. Cuatro adultos y dos adolescentes estaban terminando de acarrear un exhibidor de discos, fundas de platillos de una batería y otros bártulos que pertenecen al Rockers Club, que luego de siete años en ese local, nuevamente se convirtió en un movimiento errante. El lugar había sido cedido a una iglesia evangélica.

En medio de la acera, apareció un hombre robusto sin camisa, tatuado de los brazos y la espalda, rapado: el Sheriff, quien es el guardián de la puerta de los diversos conciertos de rock organizados por el Rockers Club.

En la esquina apareció Marinero, reconocido líder, a quien varios músicos salvadoreños identifican como la persona con la que hay que hablar para entrar a este mundo de camisetas negras y música estridente.

Alfredo estaba sudoroso, agitado por la mudanza, usaba una camiseta negra con la que lucía sus brazos tatuados con símbolos del metal: calaveras, enredaderas y espinas.

La cabeza del Rockers Club hablaba a mil por hora. A media calle, empezaba a recordar cómo la Universidad de El Salvador parió el movimiento allá en los noventa, cuando lograron conseguir el auditorio de la facultad de Derecho para una serie de conciertos.

Antes de sentarse a platicar con más calma, se dirigió a la tienda donde compró una gaseosa de dos litros y algunos vasos plásticos para saciar la sed de los acarreadores, entre ellos un silencioso Trey Adrián. El calor se intensificaba.

La señora de la tienda preguntó si se suspenderían los conciertos que durante siete años se realizaron en la Arena El Salvador. Ella ya sabía que sí y se quejaba de que los evangélicos traían su propio cafetín. Marinero explicó, henchido, que los roqueros no han monopolizado la venta de golosinas y que en los conciertos le dan chance a varios vendedores de ganarse la vida y su día.

Aseguró que si bien los meros Rockers Club no son revoltosos, la alcaldía ya les puso una multa de más de 600 dólares, porque había algunos foráneos que armaban desorden, tomaban

El baterista hace la distinción entre el sector duro, al que caracteriza por la organización, la solidaridad y la socialización, y “los otros metaleros”, más interesados en coleccionar discos, escuchar música a solas y leer sobre ocultismo.

cerveza en las afueras de la tienda y orinaban en la calle.

Por más de una hora, recostado en uno de los pocos muebles que aún queda en el local, Alfredo hizo un recorrido verbal a través de la historia del Rockers Club, pasando por recovecos desconocidos para muchos, como el hecho de que varios rockeros hacen labor ecologista, además de producción de discos de bandas nacionales. Un par de ellos andan por ahí, liberando tortugas y haciendo conciencia sobre el calentamiento global.

Marinero pronosticó que el movimiento cultural roquero, a pesar del cambio de gobierno, no tendrá mayor apoyo, puesto que las autoridades todavía no han reconocido la trascendencia de esta organización.

Vehemente y agitando las manos, hizo la distinción entre el sector duro del Rockers Club, supuestamente caracterizado por la organización y la solidaridad, así como por su mayor grado de socialización, y «los otros metaleros» más interesados en coleccionar discos, escuchar música a solas y leer sobre ocultismo. Estos últimos supuestamente más ermitaños que los primeros.



—La verdad es que de los dos tipos hay, pero del que más se habla es del «culto», porque el que está tirado al perro es el que casi no tiene vida social, está encerrado en su propio mundo, pasa solo escuchando música y cuando sale, sale como que es chucho loco.

—¿Qué se necesita para ser un Rockers Club?

—No necesariamente tendría que ser un roquero empedernido. Las cualidades fundamentales serían, primero, que tenga una convicción sobre la vida, que le guste la solidaridad y que la quiera expresar junto con nosotros, que si trabaja no esté con la esperanza de que va a ser por un pago, aunque lo haya, pero que no esté aquí por eso.

No solo para Marinero el Rockers Club es su clan, su familia, su motor vital, también lo es para Julia Díaz, de 28 años, estudiante de Historia y maestra de primaria. Roquera empedernida, suele asistir a varios conciertos nacionales y encontrarse con sus compañeros a las afueras de la Plaza del Artista.

Estudia en la Universidad de El Salvador desde hace 10 años, y para una de sus clases de Historia relató su propia experiencia en el movimiento, junto con sus amigos «Los metaleros del pasaje seis». Aparece frente a la Minerva, a la entrada de la U. Emocionada, cuenta que ahora, con las nuevas tecnologías, tiene todas las carpetas de su música favorita en su celular.

Hace sonar, en el pequeño parlante de su celular, la música de la banda Lujuria y explica que una de sus canciones narra cómo un hombre mayor sufre un ataque cardíaco porque descubre que la prostituta a la que llamó para contratar sus servicios era su hija.

Luego, un poco sonrojada ante mi falta de emoción, dice que siempre le pasa eso, que intenta transmitir su amor por el metal pero que no siempre lo logra.

Comenta sobre el nivel musical de las bandas nacionales, el cual cree que es muy bueno, y subraya que le gusta el metal, en parte, porque no habla de tonterías, aduce que las letras son hondas, critican a la iglesia y a la sociedad con su status quo.

Camina hasta la fotocopiadora donde me deja con una copia de su trabajo sobre «Los metaleros del pasaje seis». Recuerda la primera vez que asistió a un concierto de metal, al que llegó sola, y nadie se propasó con ella. Ahora a sus amigos del pasaje, porque ya no salen juntos, entre otras cosas porque uno se fue a Estados Unidos y el otro sufre una profunda depresión clínica.

Los alumnos de Julia le preguntan por qué anda con los satánicos. Una de sus principales frustraciones vitales es no haber asistido a un reciente concierto de la banda británica Iron Maiden en Costa Rica. Pero sueña con que un día toquen en El Salvador.

Julia tiene nueve años en el movimiento y dice que no lo cambiaría por nada: «Ha sido parte de mi vida, es una filosofía que se vive, no es solo escuchar música. Es vivir sin complicaciones, sin lo que digan los demás, pero también es vivir tranquilamente».

Julia orienta amablemente a una chica de nuevo ingreso que no encuentra un salón y se despide, porque tiene que ir a inscribir materias.

Adentro del folder donde dejó su trabajo universitario, unas fotos antiguas sobresalen en los anexos. Esa fue la historia de doce chicos que se reunían en el pasaje seis del bulevar del Ejército antes de salir a los conciertos. Durante 10 años.

La adolescencia es ya una lápida. En una foto, Julia, años más joven, hace la señal clásica del rock (larga vida al rock), con el dedo meñique, el pulgar y el índice levantados, simulando unos cuernos.

En su reporte, escribió: «Características del grupo: unión, ejemplo de ello es cuando asisten a un concierto o salen juntos, no debe faltar nadie, a la salida del concierto esperan hasta que llegue el último. Cooperación: si a uno le falta dinero para el boleto alguien colabora, o si quieren comprar comida y alguien no tiene, comparten. Protección: un miembro puede estar indisputado, alguien lo cuida, si hay una mujer y alguien la molesta, los hombres la protegen pidiéndole al impertinente que se retire. Fidelidad al grupo y, en la medida de lo posible, evitar la agresión».

Escrito por una roquera que tiene nueve años en el movimiento, estas características pueden traslaparse y referirse a todas las tribus urbanas que ahora existen en El Salvador. Para algunas más que otras, la palabra agresión está entre comillas.

Sigue: «Rituales: dentro de los rituales fueron evidentes el saludo, que se realiza a cada encuentro con el grupo, y que consiste en un apretón de manos doble, reunir dinero para comprar cerveza, eso se hace los fines de semana por lo general. Alcanzada la cantidad deseada se procede a

comprar el licor o cerveza, si es licor se guarda en la cama de un pick up que siempre permanece parqueado en el pasaje, si se va a los video juegos, la chica del grupo guarda la botella en la mochila o bien Álex. Al local de video juegos se pueden llevar discos de música. La despedida se realiza con un apretón de manos doble».

Cada tribu urbana posee parecidos rituales, distintos según el género, pero que confluyen precisamente en esa aceptada fraternidad con «el otro», parte del grupo, al que consideran su igual, su par, su cómplice.

Si bien algunos se reúnen alrededor del alcohol, como los emos o los punks, los metaleros también lo hacen en pos de esa deidad en la que se convierte la música.

LOS ANTIGUOS

Sobre el pasado, Marinero habla con nostalgia. Evoca el surgimiento de la escena nacional, de aquel tiempo cuando no era tan fácil tener el pelo largo y andar de negro sin ser tachado por la Guardia Nacional de guerrillero. Si los soldados encontraban a un greñudo en la calle, le cortaban el pelo a la fuerza.

Algunos integrantes históricos de este club son ex combatientes de la guerrilla, como el vocalista de la banda En Memoria, Mauricio Quijano, pero la paradoja surge del hecho de que el Rockers Club ha tenido más apoyo de los medios de comunicación de la derecha y de la empresa privada, dice

Para ser un país pequeño como El Salvador, el Rockers Club se precia de tener el movimiento de metal más organizado y grande de Centroamérica. Han logrado juntar hasta mil 300 personas en la Arena El Salvador.

Marinero, que de la izquierda representada en el FMLN o en sus radios.

La mayoría de los metaleros se reconocen como de izquierda, aunque no están afiliados como colectividad a un partido, pues les interesa mantener la imagen de que sus eventos los organizan por y para ellos y no gracias a un grupo político.

«Siempre hemos mantenido esa ideología con respecto a la comunidad, no tan extrema, no tan comunista ni anarquista, pero la onda social siempre ha estado bien marcada», completa el líder de la tribu.

Existe además una clara conciencia de clase, puesto que son muy diferentes los roqueros de la Arena El Salvador que los que se reúnen en La Luna Casa y Arte. Estos últimos forman parte de las clases medias altas y altas de la capital.

El baterista repite la idea de que del bulevar de los Héroe para arriba es otro mundo, otra escala social. «Hasta donde llega la ruta 29, hasta ahí llegamos nosotros», sonríe.

Se enorgullece de que las bandas de otros países al llegar a El Salvador se sientan bien recibidas por un público que se precia de ser culto y entregado, y se sorprenden de tener una amplia cobertura de medios y de que haya una estación de radio que transmita 24 horas de rock.



Para ser un país pequeño como El Salvador, el Rockers Club se precia de tener el movimiento de metal más organizado y grande de Centroamérica, sin mucho que envidiarle a México. Han logrado juntar hasta mil 300 personas en la Arena El Salvador y existen unas 50 bandas nacionales trabajando en serio, aunque son 10 las de peso.

Pero ahora, dice el líder de la tribu, están en números rojos y esperan un concierto próximo para ver si levantan cabeza y vuelven a tener los suficientes fondos para mantener el Rockers Club en marcha. «Es un movimiento que se debe de mantener a costa de lo que sea», comenta.

LA CEREMONIA

Uno puede reconocer a un metalero cuando lo ve. Casi siempre está vestido de negro. Como Abigaíl y Tania, ambas de 17 años, y David de 21, todos residentes en el barrio San Jacinto, de San Salvador. Abigaíl es metalera, David está en retirada. Tania es gótica.

Abigaíl, encendida, dice que se identifica totalmente con el movimiento, que su atención fue captada como un imán alrededor de todo lo que se generaba alrededor de la Arena El Salvador. Se enorgullece de parte del núcleo duro de las al menos 50 chicas que forman parte del Rockers Club. «Tiene mi edad», se ríe, al referirse al club.

Se queja de la discriminación que todavía ciernen sobre ellos la sociedad salvadoreña: «Sí, nos dicen emos, como la gente no sabe, nos tiran be-

sos los hombres en la calle, en nuestras casas nos dicen que por qué somos así, que somos satánicas, que esto nos va a llevar al infierno. Mi papá, mi mamá y mis hermanos son bien cerrados, todavía hay bastante conservadurismo».

Ella quiere ser metalera hasta que se muera. «Dicen que por la adolescencia lo voy a dejar rápido, pero no, hay unos chavos que lo dejan por las chavas, pero yo creo que si uno va a ser metalero es para quedarse», completa.

En esto coincide con la mayoría de los roqueros con los que *El Faro* habló, quienes asumen que el metal es para toda la vida.

«Es más que vestirse de negro, es un pensamiento, un sentimiento», la completa Tania, miembro de una comunidad gótica, de unos 25 miembros, subgénero del metal muy cercano a la literatura, la poesía, el teatro y el dibujo.

Su hermano fue quien la introdujo al género, lo cual recuerda conmovida: «Fue maravilloso saber qué era esto, porque todo lo que representaba lo gótico yo lo sentía, todo coincidía conmigo, desde ese momento supe que era gótica». Tania dibuja, escribe poesía, hace manualidades y diseña. Un gótico se diferencia de un metalero por expresarse, en mayor medida, a través de este tipo de artes.

David, quien va pasando por casualidad por el lugar, al principio hosco, cuenta el motivo de sus preocupaciones:

- Ahora no estoy estudiando, busco trabajo.
- ¿En qué te gustaría encontrar trabajo?
- En cualquier cosa que me sienta bien.

—¿Se te ha hecho difícil por la situación de la crisis y todo eso?

—Sí, porque solo trabajo basura donde no pagan nada consigo, y a uno lo reprimen.

—¿Has trabajado antes?

—Sí, en construcción y mecánica. En fotografía, pero ahí más que todo estaba aprendiendo, no me quería pagar el señor, a lo mucho dos dólares al día, ¿Qué voy a hacer con dos dólares? Con la excusa de que yo estaba aprendiendo... Me gustó y todo eso, pero...

—¿Tenés familia?

—No tengo hijos, ni compañera.

—¿Te considerarás del movimiento?

—A medida que va pasando el tiempo y uno va creciendo, no es que uno se aburra sino que simplemente va aprendiendo que tiene que cambiar, que no es el mismo niño de antes. Este país no tiene la cultura para aceptarnos, se basan solo en la imagen, y muchas veces, lo mezclan a uno con delincuentes, con drogadictos, solo porque lo ven a uno con un cigarro dicen «ahí está el marihuano».

—¿En tu caso estuviste cerca de las drogas o lo viviste?

—Estuve en eso y aún quizás.

—¿Hasta el crack?

—Hasta el fondo no llegué, quizás solo marihuana, pega, *cíner* y pasta, solo esas cosas, y alcohol, lo más comercial. Pero gracias a Dios me alejé de eso.

—¿A pesar de que ahora buscás trabajo, todavía te sentís metalero?

—Yo creo que sí, he adquirido nuevos gustos con el paso del tiempo, pero el gusto por el metal siempre va a estar presente en mí.

David sigue buscando trabajo. Días después, a pesar de haber dicho que estaba en retirada, el pelo largo del muchacho se confunde en un mar de chamarras negras en la Plaza del Artista, en plena ceremonia metalera. Lugar donde confluyen todas estas vidas, y se celebra un ritual en honor al dios del rock.

Son las dos de la tarde de un domingo y por la alameda Roosevelt desfilan decenas de jóvenes con ropa oscura.

El lugar está colmado, afuera desplegadas las ventas de cervezas, adentro también, dulces (sobre todo de menta), frituras y panes, y un rótulo infantil que dice «Diviértete».

Marinero cobra en la puerta. Han pasado varias semanas después del éxodo desde San Jacinto.

El Sheriff, enfundado en su chaleco negro es el encargado de poner orden. Nadie se propasa con las mujeres. No hay manoseos ni abusos. Las chicas metaleras reconocen el respeto que existe hacia ellas. Y cómo «las cuidan». Los metaleros se enorgullecen de ver en ellas a pares y amigas y no solo objetos de ligue.

A la fiesta del rock nacional, la encabezan las bandas Bimetal, Galahad, Gaia Metal, Angelus, En Memoria y Legacy. El público tararea sobre todo las canciones de Gaia Metal, músicos virtuosos que claman con voces agudas por el respeto al medio ambiente.

Un joven vestido de militar se tira desde la tarima, los demás lo toman en brazos y le dan vuelta en helicóptero. La señal del rock se multiplica en las manos.

Los roqueros lucen camisetas de sus bandas preferidas: Halloween, ACDC, Nirvana, Iron Maiden, Anthrax, Judas Priest y Tierra Santa.

Frederick, el fotoperiodista, se mete al mosh. El mosh es el orgasmo de la tribu. Un ritual de iniciación, pues los metaleros mayores ya no participan en él. Cuando la música alcanza el ritmo más intenso, poco a poco, los metaleros o metaleras (hay mosh especial para las mujeres) se lanzan al ruedo, torciendo el rostro con rabia y empiezan a golpearse hombro con hombro. Al principio suavemente, para luego subir la intensidad de la fuerza y llegar hasta las patadas o puñetazos. Cae el sudor en gotas, los cuerpos se vuelven pegajosos. No es una pelea, sino un saludo a la colectividad. Nadie se muestra ofendido.

Llega el momento en que algún valiente sube al escenario y desde ahí se avienta de espaldas. Pero la masa de figuras negras no lo deja caer y lo eleva como un cuerpo en sacrificio, para luego suavemente ponerlo en el piso. Los cuerpos entran y salen del todo grupal, toman aire y se preparan nuevamente para el choque. Descansan a las orillas del ruedo y vuelven a arremeter. Los que están en la periferia levantan las piernas y a zancadas dan vueltas en círculo.

Esta tarde, algunos de los participantes del mosh, borrachos, empiezan a pegarle a Frederick

.....
Cae el sudor en gotas, los cuerpos se vuelven pegajosos. No es una pelea, sino un saludo a la colectividad. Nadie se muestra ofendido.
.....

detrás de las rodillas. Lo empujan, tambalea y al chocar con su cámara, le rompen la boca. La sangre le chorrea a borbotones. Uno de los organizadores le alcanza un poco de hielo, con la mirada confiada de que no es nada grave.

El mosh sigue imparable. Dos hombres fornidos de la seguridad jalonean a un joven flaco que está causando caos en el ruedo por estar borrachísimo. Casi no puede pararse. Pero al ser capturado, el chico tensa todo su cuerpo para volverse más pesado y no ser arrastrado fuera del local. Sus amigos acuden en su auxilio, dialogan con los guardias, después de varios minutos de negociación, se quedan a cargo del cuerpo tambaleante.

Más allá, un grupo juguetea y exhibe la calavera de un carnero. El alcohol y la cerveza fluyen como agua entre los sedientos. La venta de cerveza de barril reparte su espuma.

La Plaza del Artista poco a poco se ha ido llenando hasta estar colmada, los jóvenes de camisetas negras corean las canciones nacionales a gritos, se abrazan, repiten incesantemente la señal del rock, toman más, con emoción y gozo, hasta embrumar la mirada y tropezar.

Bimetal toca *La tierra de los sueños*, en referencia a los que dejan la vida en el camino hacia Estados Unidos.



La música para. Uno de los organizadores sube al escenario y denuncia el asesinato de Daniel, 23 años, en el parque Centenario, debido a la vorágine de violencia que tiene secuestrado al país.

«¡Que Lucifer te socorra!», grita uno de los asistentes.

Una lata de cerveza pasa rozando una oreja. La aventó un bolo. Un hombre alto, de pelo

crespo y claro, hace flamear una y otra vez la punta de un cigarrillo de marihuana bastante ancho. Los participantes en el mosh simulan que están tocando una guitarra. Los integrantes de Gaia Metal chocan puños con sus seguidores que los aplauden desde abajo de la tarima. El orgasmo continúa.

El olor a marihuana crece. Se calientan los ánimos. El maestro de ceremonias dice que el

metal no es una moda y alguien grita al fondo: «¡Esta es una puta manera de vivir!». Otro de los organizadores da un consejo: «Todavía quedan panes allá atrás, por si quieren comprar para el bajón».

Tommy, de bermudas, es un lunar colorido entre camisetas negras. Asegura que son una hermandad y reitera lo observado por Julia, que si uno de ellos está borracho lo levantan y le preguntan a dónde va y qué bus tiene que tomar, no como los de allá afuera, los que no son metaleros. Aquí hay solidaridad, afirma.

La ceremonia va en declive y algunos empiezan a retirarse. Tres carros de policía están aparcados a la salida de la Plaza del Artista.

—¿Algún problema? —pregunto.

—Siempre los rockeros —responde el agente, asegurando que son comunes las trifulcas después de una de estas ceremonias.

EL VIAJE

Es domingo por la mañana y un grupo espera el microbús que llevará a algunos metaleros capitalinos rumbo a San Rafael Cedros, Cuscatlán. El punto de reunión: el ex local de la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS), ahora una iglesia evangélica.

El vocalista de Víbora, Antonio Morán, traba conversación y dice que el hecho de que la Arena El Salvador ya no sea el local del Rockers Club no se debe a que este se haya convertido en una

iglesia evangélica, sino al atraso en el pago de las multas de la alcaldía. Contradice la versión de Marinero, e insinúa que este exagera.

Los feligreses, mujeres con pañuelo en la cabeza y hombres de pantalones de vestir y puños almidonados, caminan frente al punto de reunión, volteando a ver de reojo a los metaleros.

El vocalista de Víbora viste una camisa de Bart Simpson hecho diablillo, para la propaganda de un Metal Fest, que se realiza cada fin de año para recoger ropa y juguetes para los niños de Morazán. Los músicos prometeicos están recostados sobre un rótulo que dice «Iglesia del Cuerpo de Cristo, una voz que clama en el desierto».

Una hora más tarde, aparece la figura de Marinero en la esquina silbando un «ya nos vamos» a bordo de un microbús de la 29 que en la esquina trasera izquierda tiene dibujado un Cristo rezando. Los símbolos cristianos los persiguen.

El inicio del viaje se prolonga, porque la comitiva espera a otros dos roqueros que han ido a comprar alcohol al supermercado.

Por fin, el microbús arranca, y aunque es de mañana, fluye la cerveza y el licor. Las bromas se dejan escapar en confianza. Dos bateristas se sientan a la par y los demás del microbús les preguntan para qué ocupan sus baquetas. Si para puyarse entre ellos o qué. Suenan las risas.

Más adelante, el transporte se detiene por un tráfico repentino de domingo. La comitiva ha ido recogiendo más gente en el camino. El embotellamiento repentino ha sido causado por las decenas de autobuses que están haciendo cola

para entrar a la iglesia evangélica Elim. El microbús donde van los roqueros avanza en contra flujo de los creyentes.

Emocionados por ir en contra de la corriente, los roqueros le piden al motorista que module los sonidos bajos del aparato de sonido. El metal suena estridente y logra que más de algún cristiano los voltee a ver.

Si bien ninguno de los fieles les dice nada, los roqueros sienten orgullo de ser los peludos de negro que un domingo, en vez de ir a la iglesia, van a un concierto donde moverán las cabezas al son de la banda Séptica y canciones como *Puñetrefacción anal*.

El microbús para en el «motel del Gordo», como le dicen a la casa de uno de los músicos, para recoger unos amplificadores, de la cual sale al encuentro un perro de pelo castaño que se enreda en las piernas de su dueño. En la fachada, sobresale el cráneo de una vaca.

La cerveza da sueño. El viaje se acorta. La comitiva llega a San Rafael Cedros, un pueblo de pocas calles, donde una feria de automóviles modificados se ha tomado la plaza y el reguetón suena a todo volumen.

Pero desde ya, los metaleros de la zona, uñas largas y cruces invertidas, están avanzando hacia el local donde se llevará cabo un concierto medianamente lleno, donde no falta el mosh y los aventones desde el escenario.

Cuando la tarde caliente motores, un hombre borracho con una camiseta de un concierto de 1991 moverá la lengua simulando la de una

serpiente y hará la clásica señal de «larga vida al rock», ritual que todo metalero hace para expresar júbilo, felicidad e identificación con el grupo. El hombre mirará hacia el escenario y a los participantes que le rodean con los ojos enrojecidos, como queriéndosele salir de las órbitas.

El Rockers Club saluda desde la tarima a El Gallo, del grupo Renegado, por su cumpleaños y sus veinte años de trayectoria en la escena metalera. El maestro de ceremonias se acerca a brindar con él.

Sorprenden en el concierto los Gaia Metal, con su música «profesional», en opinión de Marinero, y sus letras de espíritu y tierra. Alfredo vende camisetas en una esquina de la galera que alberga el concierto y opina que la pareja joven que pasa frente a él no debería vestir a su hija de dos años con una camisa de la banda Helloween, pues ella no entiende todavía de qué se trata.

Alfredo Marinero recuerda que Gaia Metal grabó un disco que se distribuyó ampliamente entre los miembros del Rockers Club, por lo que la gente casi siempre corea sus canciones.

Gaia anuncia su próximo disco, *Armonía del Fuego*. Sus miembros hacen apología de su historia, poniéndola como ejemplo de éxito ante condiciones adversas: destacando el reto musical que implicó haber surgido en Santa Ana, a veces no tener para el transporte y aún así seguir en la escena. Himmelson, su vocalista, cree que ser metalero es ser buena persona, más allá de la pinta de anacoreta.

EL DESEO DE SER VISTOS

Antonio Morán, vocalista y guitarrista de la banda de metal Víbora, esta tarde en la Plaza del Artista, asegura que aunque ahora la sociedad salvadoreña es un poco más tolerante con los metaleros, ha caído en una invisibilización de estos pues no los toman en cuenta como organismo vivo dentro de la cultura del país.

Afina el concepto de lo que él considera ser roquero: «Una mezcla de inconformismo y rebeldía, a veces es contradictorio porque a uno lo ven con el pelo largo, cierta vestimenta negra, objetos decorativos que son fruto de la larga evolución de la cultura, no solo musical sino estética, pero una persona metalera es una persona real, no ficticia. Acá no se aceptan las poses, el que es pose siempre es marginado».

Como Marinero, y los demás Rockers, pide que este movimiento sea tomado en cuenta, no solo por las nuevas autoridades de la cultura, sino por la sociedad civil, que a veces todavía los considera extraños. «El ser invisible no es que sea malo, también te dejan en paz. Cuando estás en el ojo del huracán, te están fregando toda la vida, pero lo que más ayudaría a la escena metalera sería que los medios y la sociedad en general reconociera que aquí estamos, que tenemos un aporte».

Mauricio Quijano, ex guerrillero y voz del grupo En Memoria, cita a Roque Dalton para hacer referencia a los anhelos de las nuevas generaciones y de lo que constituye su aporte al rock actual

como ex combatiente: «Las nuevas generaciones vienen con cuchillos afilados exigiéndonos qué hicimos en nuestro momento, no en el ayer, sino en el ahora, por eso estamos haciendo memoria, una recopilación de lo que fue la historia del país para que no se repita nunca la guerra».

Tal vez una de las personas que más conozca a los Rockers Club es Norma Estrada, la señora que vende cervezas, dulces y muchas historias y viajes.

—¿Cómo se dio cuenta de la existencia de los metaleros?

—Tengo 17 años de estar con ellos, cuando los conciertos eran en FENASTRAS, como vendemos en los estadios, en los eventos religiosos, nos dimos cuenta por los afiches...

—¿Cómo se lleva con ellos?

—Bien.

—¿Qué piensa de ellos?

—Que son tranquilos, no se meten con la gente.

—Hay gente que piensa que son violentos...

—No, si los buscan, sí, pues tienen que defenderse, pero de lo contrario, desde que yo estoy, nunca he tenido problemas con ellos.

—¿La cuidan, son amables?

—Sí, sí, ellos me dicen «Colocha, vamos a tal parte» y vamos.

—¿Hasta donde ha ido con ellos?

—Hasta Costa Rica, cuando vino... ¿cómo se llama?... el que no ha venido acá y quieren que venga.

—Iron Maiden.

—Cabal.

—¿De tanto escuchar metal no le gusta?

—No, ja, ja, ja...

—¿Por qué?

—Porque no lo entiendo.

—¿Pero tampoco le molesta?

—No.

—¿Todas las semanas va con ellos?

—Si hay concierto, mejor falta un grupo y no yo.

—¿Tiene varios amigos de acá?

—Sí, y amigas.

—¿Qué es lo que más le gusta de ellos?

—Que son amables y cariñosos, a pesar de en lo que andan, aunque sean greñudos y locos, son cariñosos.

—¿Lo que no le gusta? ¿Alguna vez se le han ido sin pagar?

—Solo una vez me han dado billete falso, pero lo metí preso al cipote.

—¿Hasta cuándo los va a acompañar?

—Hasta que esté viejita, como mi mamá, que ahí anda y tiene 72 años.

Marinero observa a la Colocha desde la entrada de la Plaza del Artista. La saluda. Le pregunto por la familia TAMA. Todo bien, dice.

Sobre la responsabilidad de ser la cabeza de la tribu de metaleros salvadoreños y de su propia familia, la vida es dura, dice, la crisis económica, el tener que crecer y asumir responsabilidades para ser un buen padre y compañero. Pero hay que tomarlo con filosofía, opina, y me suelta la frase de una vieja canción: «El extraño de pelo largo sin preocupaciones va».



NOMBRE DE TRIBU: HIP HOP

DEFINICIÓN:

Movimiento cultural nacido en los sesenta en los barrios populares de Nueva York, cuyos cuatro elementos son el: bboying (o break dance), el grafiti, el DJ (disc jockey) y el MC (rap). En El Salvador, grupo de jóvenes que promulgan los ideales de amor, paz y respeto a través del baile y el grafiti.

CARACTERÍSTICAS DE LA TRIBU

1. **PELO:** Casi siempre corto.
2. **MAQUILLAJE:** Indistinto.
3. **COLOR DE LABIOS:** Indistinto.
4. **ROPA:** Floja, gorros.
5. **PANTALONES:** Deportivos y flojos.
6. **ZAPATOS:** Tenis.
7. **MÚSICA:** Rap en todas sus manifestaciones.
8. **ANTAGONISTAS:** Pandilleros y emos.



Hip hop: La cultura del barrio y del baile frenético

Disciplina y tenacidad. Pasos indispensables para escalar en este culto a la perfección. El break dance y el hip hop tienen aficionados hasta en pueblos tan pequeños del interior de El Salvador como Guaymango.

Richie era motorista. Hace algunas semanas, cuando su jefe le dijo que como empleado no tenía derecho a opinar y que si quería ahí estaba la puerta, el joven renunció sin trastabillar. Durante 10 años, Richie ha escogido y abandonado sus trabajos dependiendo del tiempo que le dejan libre para bailar break. Esta vez, su baja laboral ocasionó que dejara de vivir con su chica, porque ya no tiene dinero para cubrir su parte de los gastos de la casa.

Un poco pasado de peso, ha regresado al gimnasio de la Zacamil, donde en un pequeño salón acalorado, junto con una decena de chicos, se reúne cada tarde para retorcerse en piruetas, en un lenguaje mudo de esfuerzo físico que marca los músculos y hace caer las gotas de sudor sobre el suelo. Todos visten con ropa floja, y al-



gunos, a pesar del calor, tienen puestos gorros de invierno.

Richi tiene 30 años y la última década de su vida la ha dedicado a bailar break dance. Todo empezó por una novia estadounidense, cuyos hermanos le enseñaron los principios básicos del movimiento. No parece muy preocupado cuando le pregunto los detalles de su despido, aunque acepta que anda sobreviviendo de puro

milagro, viviendo el día. Sin embargo, asegura que «en estos años, he tenido buen provecho del baile, le he sacado sus buenas partes». Pero no dice cuáles.

Hasta antes de su renuncia, vivía con su novia, quien es secretaria y también está desempleada. Dado su nuevo estado laboral, ha vuelto a la casa de su abuela, donde comida no le falta. Pero lo demás, sí: independencia y dinero.

Espera que el desempleo sea temporal, dice, aunque aprovecha todas sus ahora horas libres para bailar. Asegura que tampoco quiere ser una carga para su familia, pero al mismo tiempo sostiene que «nunca me ha importado no tener trabajo, el break me mantiene vivo y no me deja caer en depresión».

Richi es uno de los mejores amigos del Gufi, de 31. Ambos son iconos del break dance salvadoreño. Inseparables, hay solo una cosa que los une: el baile. Todo y nada. No tienen otra cosa en común.

Richi cursó hasta bachillerato y se enorgullece de en alguna ocasión haber bailado hasta nueve horas seguidas. Solamente tomando recesos para comer e ir al baño.

«Busco la perfección en los movimientos», afirma. Luego de 10 años de bailar y haber perfeccionado su técnica, el reto que le queda es arrasar en las competencias y ser un experto conocedor de la música rap.

Gufi estudió durante siete años una licenciatura en idioma inglés. «He llevado las dos carreras a la par», dice, en referencia a los idiomas y al break. Parte de su familia vive en Estados Unidos y recibe el apoyo de las remesas, al contrario de Richi, quien tiene que rebuscarse solo.

La novia del Gufi todavía le reclama que el break dance sea más importante que ella. «Pero así me conoció, cuando el baile ya era todo para mí», justifica.

El maestro de break explica los orígenes de esta cultura. El hip hop es un movimiento ar-

tístico que surgió en Estados Unidos a finales de los años setenta, cuando jóvenes del Bronx intentaban divertirse, optimizando el espacio público, la calle, porque no tenían para pagar la entrada a las discotecas.

Este movimiento creció a lo largo de cuatro aristas: el break dance, los disc jockey (DJ), el rap y el grafiti.

Desde los años ochenta, en El Salvador, en los barrios periféricos y en departamentos como Chalatenango, también palpita el break, se compone rap y se hace grafiti, más allá de las marcas en las paredes hechas por los pandilleros.

Si bien este movimiento surge en Nueva York, muchos break dancers salvadoreños tienen los ojos puestos en lo que actualmente ocurre en Brasil, donde esta cultura se ha popularizado y ha obtenido el respaldo del gobierno.

No basta con que una actividad física sea el centro de la vida de una persona para formar parte de una tribu urbana. En el fondo, debe existir una profunda veneración al grupo, a la música, a los rituales. Sentirse completamente diferente al resto del mundo, pero sabiendo que hay cómplices en esta diferencia. Reverenciar una forma de vida distinta, aparentemente sin sentido, para los que no pertenecen a ella.

LA PISTA

Las luces de neón abundan en el bar, la decoración es kitsch y un bote de condones descansa a la par

del mostrador. La música es estruendosa. Apenas es el principio de la noche y no hay clientes.

En el pasillo, al cobijo de las luces rojas, Gufi, Richi y Álex, de 20 años, esperan sin hacer nada más que mirarse entre ellos e intercambiar monosílabos, a que la fortuna decida si van a presentar su exhibición. Adentro del local los aguarda una tarima con cortinas de terciopelo. Pero no hay nadie mirando. Todavía.

El bar en la prolongación de la alameda Juan Pablo II, con sus guaruras en la puerta y su discreto administrador detrás de la barra, añora que la noche caliente. Gufi dice que ellos no discriminan a ninguna persona y que asisten a cualquier lugar donde los inviten. Por eso están aquí. Tal vez un poco nerviosos, por ser la primera ocasión que se presentan en un sitio de este tipo. Al principio, su contacto, un ex compañero de baile, no les dijo de que clase de establecimiento se trataba. «Pero yo respeto, si a mí me respetan», asegura Richi.

En vez de estirar un poco el cuerpo, los chicos se entretienen comiendo golosinas. Hay que seguir esperando. Los hombres bailan solos mirándose al espejo. Es entrada la madrugada cuando empieza la exhibición. Nadie se propasa con ellos. Nadie los toca. La noche caliente en el bar gay, los hombres pasan frente a los break dancers y los miran con lascivia, con la curiosidad con la que un niño observa un muñeco mecánico desde el otro lado de la vitrina de un almacén.

El break es todo para ellos, dice Richi, no importan los obstáculos ni los escenarios. Entorna los ojos y recuerda con emoción aquellos prime-

ros años de bailar, hace casi una década. Entonces era bailar por bailar, no importaba dónde. Un amigo los invitó a dar una exhibición en una comunidad rural cuyo nombre no recuerda.

Llega la hora de entrar a la escena, preparan el cuerpo, se estiran y están a punto de lanzarse a la pista cuando se dan cuenta de que no hay música. ¿Quién olvidó los discos de rap? Ni modo, con algo hay que bailar. «La bala, bailar la bala, y la tienes que bailar...» Los chicos bailan break al son de la cumbia. Terminan la coreografía, los aplausos primeros nunca se olvidan. Pero hace hambre. Les prometieron que les darían de cenar pero no hay comida para ellos. Se van a dormir sin comer pero tampoco había dónde dormir, así que se acomodan en el piso. Hace 10 años, y la escasez parece reproducirse.

El baile es la ceremonia. El break boy (b-boy) o la break girl (b-girl) llegan al lugar de práctica, saludan chocando manos como breve introducción, haciendo el pase. Lo demás serán subidas, caídas, giros, esfuerzos y pocas palabras.

Gufi explica el abc. Top rock es cuando se baila de pie. Foot work es el clásico baile en el piso, girando, a veces de cabeza. Freeze son las poses o figuras que distinguen a un break dancer de otro, su estilo particular, y los Power Moves es cuando el baile incluye acrobacias y saltos.

El free style, o estilo libre, combina una o varias de estas modalidades y es el más común. Cada quien lo hace a su manera.

En general, los bailarines se especializan ya sea en bailar de pie o en el piso. Los que logran

hacer acrobacias son los más experimentados, y los más tercos, es decir, los que han perdido el miedo a caer. Estos últimos son capaces de hacer saltos mortales, paradas de mano y otros movimientos más cercanos a la gimnasia olímpica.

Al consultar con los distintos *crew* [grupos] de break dance, estimé que al menos medio millar de jóvenes salvadoreños practican este baile, siendo sus principales exponentes los habitantes de barrios o municipios como Ayutuxtepeque, Mejicanos, Zacamil, Apopa, Soyapango, la comunidad Iberia, Popotlán, San Jacinto, San Marcos, Zaragoza, Guaymango, Chalchuapa y Sonsonate.

En la capital, uno de los principales escenarios de práctica es el gimnasio de la colonia Zacamil, donde esta tarde, antes de la exhibición en el bar, durante un descanso, nuestros dos protagonistas, Gufi y Richi, se entretienen viendo a las muchachas que practican una coreografía de baile moderno.

«¿Espionando a su competencia?», le pregunto al Gufi. Se ríe, restándole importancia a mi supuesta ironía. El par de amigos sigue mirando a las chicas, fijándose más en sus piernas o en sus pantalones cortos que en la rutina musical. El calor arrecia. Colgado en el salón de break, un rótulo les recuerda a los bailarines:

Normas de convivencia para todas las personas que ingresan a nuestras instalaciones:

- Evite involucrarse en relaciones de noviazgo dentro de la institución ya que no son permitidas

El baile es la ceremonia. El break boy (b-boy) o la break girl (b-girl) llegan al lugar de práctica, saludan chocando manos, haciendo el pase. Lo demás serán subidas, caídas, giros, esfuerzos y pocas palabras.

las muestras excesivas de afecto (besos, abrazos, manoseos)

- Los jóvenes que realizan actividades físico-deportivas, deberán evitar pasearse sin camisa por los pasillos alternos a su salón de clases.
- Las jóvenes que vienen a las diferentes actividades deben presentarse vestidas de forma moderada y sensata (ni faldas, ni shorts extremadamente cortos).

Presidencia de la República, Secretaría de Inclusión Social, Dirección Nacional de Juventud. CID Juvenil Zacamil.

Interrumpo una vez más al Gufi para decirle que considero absurdas esas reglas, propias del siglo XIX y él remata lacónico: «Pero hay que acatarlas».

Aparece Gidion, de 38 años, quien esta tarde también comparte el baile con Gufi, Richi y los demás chicos.

Sale del caluroso gimnasio y busca una sombra, en el parqueo, entre basura dispersa y a la vista de un circo decadente con elefantes mecánicos.

Gidion rememora los orígenes del break en El Salvador, allá por los años ochenta, cuando la gente le llamaba «Popin» o «Tabares» y se bailaba sobre cartones.

El bailarín hace una enumeración de las leyendas de esa época. Asegura que en ese entonces, en plena guerra civil, las «batallas», que ahora son simulaciones de enfrentamientos entre b-boys, eran reales. Que algunos bailaban jugándose la vida y que muchos episodios terminaban en baños de sangre. Que se competía con cuchillo en mano, apostando la existencia. Que a los concursos «llegaba gente de la calle, adictos, ladrones». Que estas justas se sucedían en los carnavales de los departamentos, con saldo de hasta dos o tres muertos.

La nostalgia por su juventud hizo que Gidion, padre de familia y converso cristiano, volviera a la Zacamil a buscar el espíritu del break.

Como la mayoría de b-boys y b-girls, Gidion sostiene que, por el contrario, actualmente esta tribu urbana está formada por «gente bastante sana» que prescinde de las drogas, el alcohol y a veces hasta de los cigarrillos. Los más estrictos hasta dejan de comer alimentos grasientos, o con conservantes, para mejorar la condición física.

Esta tribu está organizada en crews o pequeños grupos, algunos rivales, pero son capaces de convivir sin conflicto en los concursos nacionales. Los que se simpatizan entre sí, se hacen visitas mutuas en sus comunidades para intercambiar técnicas y pasar el rato.

No solo los hombres buscan llenar con sentido y baile sus ratos de ocio, o son capaces de pasar horas practicando pasos y roces del cuerpo contra el piso. Existen las break girls, que si bien son minoría, también forman parte de la tribu.

Por qué ellas son menos o desertan, Gufi explica que tiene que ver con la cultura salvadoreña que las recarga con obligaciones familiares y del hogar. Pero están. La mañana de un sábado, en el parque Cuscatlán, dos b-girls de Apopa, Rocío y Silvia, ambas de 15 años, están nerviosas por una de sus primeras presentaciones en público. Van y vienen, recogiendo indicaciones de sus amigos b-boys. La actividad ha sido organizada en contra de la violencia y auspiciada por el Consejo Nacional de Seguridad Pública y la Unión Europea.

Walter Palacios, director ejecutivo del Consejo, asegura que esa entidad apoyará a grupos de jóvenes independientes que hagan trabajo de prevención de violencia en sus comunidades.

Apenas manejando el estilo libre, las b-girls se mantienen bailando de pie y a veces se atreven a hacer pequeños giros en el piso. Los aplausos de la concurrencia las animan. Y el clásico «oh, oh, oh», con el que los break dancers se apoyan entre sí, levantando los brazos en señal de aprobación, se hace escuchar.

Las chicas entraron al movimiento hace solamente un par de meses, como muchos b-boys, inspiradas en vídeos de música rap. «A veces los golpes duelen», dice Rocío, aunque afirma que quiere seguir entrenando sin desertar. Las lesiones son parte de esta cultura. Sobre todo quebraduras de brazos y lesiones en cuello y espalda. «Me siento parte de un grupo y es lo que me motiva a seguir en lo demás», agrega.

Silvia también hace alusión al sentido de pertenencia al grupo. «Me siento orgullosa de mí



Este movimiento surge en Nueva York, pero muchos break dancers salvadoreños tienen los ojos puestos en lo que ocurre en Brasil, donde esta cultura se ha popularizado y ha obtenido el respaldo del gobierno

misma, y de mis amigos los b-boys, que me ayudan a seguir adelante», dice.

EL QUIOSCO

Son las 4 de la tarde en el quiosco del parque del barrio San Jacinto, que espera vacío la llegada de unos 20 bailarines de break dance, que tarde con tarde establecen como punto de reunión esta plaza sucia y avejentada, entre ellos Gufi, el más antiguo líder de varios grupos de break dance, maestro paciente de los más chicos.

A las 5, el quiosco de San Jacinto derrocha folclor, desde las monjas que caminan orgullosas y silentes por las aceras del parque, yendo y viniendo entre la iglesia y el convento, pasando por las señoras que dormitan en las bancas, una de ellas profundamente arrugada como un origami de papel. Por fin, aparecen los break dancers y el quiosco se vuelve un escenario ecléctico en el que alternan amas de casa, niños, una anciana que pide limosna, varios borrachos y hombres mayores que juegan a las damas chinas con corcholatas.

Van llegando poco a poco. Chimpa, de 21; el Caballo, de 19; Josué, *Pinki*, de 22; el Gufi y varios más.

Chimpa olvidó pasar por la grabadora. La única mujer imprescindible para empezar esta tarde. Comprada con los 200 dólares que el grupo ganó en un concurso de baile, orgullo de la tribu, ¿Pero quién la trae? Si no hay música no se puede empezar. Chimpa corre por ella.

Yamilee, de 22, es una ex b-girl que ha llegado a ver el ensayo. Dice que dejó el break por el tae kwon do, pero sus ex compañeros opinan que fue porque no era tan buena. La chica solo tiene piropos para describir el estilo del Caballo, héroe fornido, quien usa una camisa ajustada y todavía no ha dado muestras de su pericia.

En cambio, Yamilee acusa a Chimpa de aloca-do, de mal bailarín y falto de disciplina. Chimpa brinca de un lado a otro, exhibiéndose. El Caballo descansa a un lado de la pista de baile. Chimpa no tiene ni idea de lo que su detractora dice de él a sus espaldas, y sigue corriendo de un lado a otro del quiosco, en actitud eléctrica. Empieza a bailar de pie, haciendo el paso básico de cruzar la pierna derecha y acto seguido levantar el talón izquierdo. Canturrea canciones de Madonna.

Yamilee insiste en que Chimpa no mejora, que no practica lo suficiente y entonces un bolo que observa la escena le grita al chico: «¡Mucho te la volás!» [masturbás].

Aparecen dos muchachas más en el cuadro, robustas y entalladas, besan con chasquidos ruidosos en la mejilla a cada uno de los bailarines. En este escenario en particular, las mujeres son solo espectadoras.

Otro borracho, que blande una sombrilla como espada, se dirige al Gufi, en gesto de director de orquesta y le grita: «¡A la izquierda!»

El baile ha comenzado. Los chicos derrochan piruetas, calentando en estilo libre, para luego pasar al foot work y girar sobre sus nalgas, pararse de manos, o detenerse sobre su clavícula en perfecto equilibrio. Algunos de los más aventajados logran girar todo su cuerpo sobre su coronilla, ayudados por el casco de ciclista del Gufi.

Los espectadores los miran con asombro, el público está cautivo. Una madre con dos niños pequeños pone una mano sobre su barbilla y los observa sin moverse un ápice. Los niños tienen los ojos clavados en los bailarines, como en trance, hipnotizados por el movimiento, quietos durante al menos media hora.

Sobre su relación con las maras, Chimpa explica que algunos pandilleros se acercan al baile pero no persisten, pues entienden que los break dancers son otra onda.

Los chicos son los héroes del lugar. Los niños, las madres y los viejitos parecen muy acostumbrados a su presencia. Los jóvenes trapean el piso con sus camisas, se pasan de mano en mano el casco del Gufi para hacer los giros de cabeza, se revuelcan. Gufi trata de enseñarle los pasos básicos a un niño de unos ocho años, quien lo ha estado mirando con curiosidad y admiración.

Los señores que juegan damas chinas son los únicos que no los voltean a ver, concentrados están en la partida. Otro borracho los observa con el ceño fruncido. El Caballo luce una camisa que

dice «Si te caigo mal, no me interesa, a la larga tendrás que acostumbrarte».

Al final, llega el cansancio, las camisetas están empapadas, algunos toman agua de una bolsa de plástico. Se sientan en las gradas del quiosco a descansar. Cae la tarde, los autobuses de la 26 llevan a los pasajeros hacia el centro de San Salvador.

GUAYMANGO BREAK

Es sábado y el calor cobra sus víctimas en un poblado llamado Guaymango, en Ahuachapán, donde la verde vegetación comparte el encuadre con la línea del mar que se atisba a lo lejos. Sus calles empedradas dan la bienvenida a un poblado donde la gente circula a pie y el almacén más grande que existe es el de muebles de mimbre y féretros de madera.

En sus tiendas, explica una dependienta, no se vende ni alcohol ni cigarrillos. «Aquí es un pueblo sano».

Son las 3:30 de la tarde y los bailarines de break de San Salvador, entre ellos el Gufi, están descansando, preparándose para la intensa jornada que les espera.

Afuera de la Casa de la Cultura, cuatro jóvenes del lugar esperan con paciencia. Dicen que les gusta el break, pero que ellos no bailan nada.

Gufi, con sus aires de protagonista, aparece en la cama de un pick up azul de doble tracción. Empiezan a llegar jóvenes bailarines de Sonsonate,



Ahuachapán y Chalchuapa. Suena en la grabadora un popurrí de música rap. Las baldosas del piso están polvorrientas, pero nadie que baile break dance se preocupa porque se le ensucien la ropa o el cuerpo. Es lo de menos.

Empiezan a llegar algunos curiosos, gente del pueblo, sobre todo muchachas, pero también jóvenes, niños y algunas señoras.

Los chicos inician el ensayo, torciendo sus extremidades, contorsionándose y haciendo pasos que luego de un rato de ser observados cobran ritmo y logran hacer evidente quiénes son los experimentados y quiénes los novatos. Los más jóvenes apenas logran pararse de manos, mientras los mayores hacen gala de acrobacias y giros de cabeza.

Ricardo, de 14 años, uno de los más novatos chachuapanecos participantes en esta justa dancística, intenta algunas paradas de mano, cae al suelo y deja escapar un «no puedo», pero sus colegas lo animan a seguir intentándolo.

El grupo organizador introduce a los espectadores al mundo del break, puesto que han llegado a dar un taller de dos días para los interesados. Gufi explica los términos del baile, los principales pasos y, algo muy importante, las batallas que, según él, se tratan de una rivalidad sana.

«Oponentes dentro del baile, pero amigos afuera», explica. Hay preceptos que los nuevos bailarines tendrán que seguir, uno es la no violencia y el otro el evitar los vicios, como explica MB-Crew, de 20 años.

Son reglas básicas en el mundo del break dance: cultivar la amistad y no las rencillas, no beber antes

ni durante las exhibiciones. El cigarro pasa, pero algunas veces es mal visto.

Los chicos se dividen en dos grupos. Empieza la batalla, los jóvenes exhiben su pericia, las piruetas de los más aventajados hacen que sus compañeros levanten las manos en aplauso mudo y suelten el rítmico «oh, oh, oh», utilizado para saludar a aquel participante que se está luciendo en la pista.

La comunidad de Guaymango está embelesada. Karla, de 11 años, los mira con los ojos como platos, sin parpadear. La vendedora de yuca salcochada está haciendo su agosto en julio, la afluencia ha crecido, de cuatro jóvenes a más de 50 personas. En la puerta se venden videos y discos de música rap.

Marlyn, de 18 años, quien ahora es solo un espectador más, empezó a bailar hace unos meses pero se golpeó la nariz y el brazo y ha desistido temporalmente de hacerlo.

Mientras mira a los break cuenta retazos de su historia personal: perdió a su padre en un accidente automovilístico y su madre lo abandonó, siendo siete hermanos los que ahora tienen que salir adelante solos. Estudia enderezado y pintura y en su correo electrónico ocupa el mote de Fidel Castro.

El chico dice que su vida cotidiana es llegar de la escuela, oír música, ir a la calle, comprar gaseosas, platicar con sus amigos hasta ya entrada la noche. Quiere seguir aprendiendo break, recuperar la seguridad e ir perdiendo el vértigo a la caída.

René, de 20 años, trabaja en un programa social para sacar a niños de la calle por medio del break dance y ha logrado algunos casos de rehabilitación y alfabetización. Vive en Mejicanos, a unas 10 casas de donde suelen reunirse varios miembros de las pandillas, con las que dice, hasta ahora no ha tenido problemas.

Por si acaso, para no tener complicaciones, ni con ellos ni con la policía —que sospecha de su ropa floja y sus gorros de invierno—, en su documento único de identidad en la casilla de oficio ha escrito que es «artista». Cree, fervientemente, que el break puede alejar a los jóvenes de la violencia y de los vicios. Cree, como lo creen muchos que practican este baile, que toda extenuación física valdrá la pena, y así como alguna gente tiene fe en Jesús, ellos tienen puesta su confianza en lograr pararse de cabeza.

Eduardo, de 19, define así la importancia del baile para su vida: «Sí, es una parte importante de mi vida, me ha ayudado a superarme, en las calles de Chalchuapa la delincuencia es muy grande, paso cuatro horas bailando, hay muchos que en cuatro horas andan matando y hacen cualquier cosa, extorsiones, drogas».

Y si René hace el símil con el arte, Richi lo hace con el deporte. «Hay personas que no han logrado entender que somos casi deportistas, se puede decir, que realmente lo que hacemos no es tan sencillo como decir “lo vamos a hacer en un día”. Se necesita una disciplina, hay gente que cree que esto es vagancia, pero no, es para ocuparnos en algo bueno, estar en forma también».

Los break dancers están organizados por crew o grupos, dependiendo de su localidad. La mayoría son de la capital, pero también hay algunos grupos en el interior del país. Se conocen en concursos, manteniendo luego la comunicación entre ellos. Los cabecillas o líderes van surgiendo de forma natural, conforme al tiempo que llevan en la escena, como el caso de Gufi o Richi.

Domingo Mendoza, alcalde de Guaymango, explica que la jornada de break dance de esta tarde no fue su iniciativa, sino más bien de los Cuerpos de Paz y de la Casa de la Cultura, y que, bueno, ellos les dieron el espacio.

Aclara que Guaymango es un pueblo conservador de sus tradiciones, desconectado de la juventud, y con miedo a estas expresiones que, según ellos, colindan con el fenómeno de las pandillas. «Hubo comentarios de personas que pensaban que no estaba bien», dice, pero él es de la opinión que «hay que darle apoyo a la juventud, puesto que de alguna manera tienen que sacar sus energías. Este es un pueblo en el que muy poco se venden cigarros y cervezas y no hay tantos bolitos como en otros pueblos, no hay maras y algunos piensan que a través de este baile podrían penetrar», explica.

Este miedo de las comunidades a la cultura hip hop se ha repetido en otras zonas del país, como en San José Las Flores, donde no son bien vistas este tipo de exhibiciones.

El taller de Guaymango terminó cautivando a todo el pueblo, los espectadores se multiplicaron y los chicos siguieron bailando hasta el anochecer.

CHALATE HIP HOP

Tal vez para algunos sea difícil de creer que en El Salvador la música que forma parte de la cultura hip hop, el rap, surgió precisamente en Chalatenango, tan al norte de la capital.

Pero es así y la muestra es que Pescozada y Real Academia se fundaron en la cabecera de ese departamento y ya llevan una década de trabajo.

Un domingo, Omnionn, de Pescozada, nos recoge frente al Pollo Campero de Chalatenango y nos conduce hasta el estudio, en una colonia cercana donde están esperándonos los demás miembros.

El productor nos da un paseo por el estudio y muestra orgulloso el equipo donde se mezclan las letras políticas y sociales, con las composiciones musicales, originales de la banda. Entre instrumentos de percusión traídos de varios países, gaseosas y golosinas, la tensión está ausente y abundan las bromas. Para hablar mejor, dicen, habrían sido preferible unas cervezas.

Devil Star relata cómo empezó a rapear: «Al principio, como todo grupo era tocar y tocar, no importa dónde ni cómo, a medida el tiempo va pasando, las aspiraciones van modificándose y los objetivos. La idea ha sido que el grupo llegue lo más lejos que se pueda».

Chalatenango fue un territorio donde la guerra civil se sufrió con intensidad y de eso se acuerda Fat Lui. En carne propia. Recuerda a la gente asesinada, degollada, las cabezas en las ca-



lles, y el mensaje que él quiere dejar en sus líricas es que el país no debe de volver a pasar por eso para lograr convivir en paz.

Franco, el rapero, explica: «Lo que la cultura hip hop hace es aportar ideas y criterios para que el joven sea más exacto a la hora de decir lo que quiere, no solo decir quiero rapear porque quiero rapear».

El baile y la música se blanden como ídolos al centro de la tribu, como ideales para pulir al

individuo, para enseñarle que todos los retos de la vida se pueden vencer, que a veces es necesario pararse de cabeza o componer una rima para demostrar lo que hay adentro de cada uno. Apología individual.

Estos músicos se consideran «brothers», amigos, aunque Fat Lui deja claro que no quiere para su hijo una carrera artística, pues en El Salvador es un camino lleno de obstáculos a veces insorteables.

Pero Omnionn recuerda aquella vez en que el Teatro Nacional les abrió las puertas. Al principio los administradores de la cultura imaginaron que llenarían todo de grafitis, pero ellos, los raperos, se presentaron en ese templo de la cultura salvadoreña sin causar perjuicios, enfatizando a sus colegas más jóvenes que si persisten, pueden llegar a este tipo de escenarios y hacerse escuchar.

Omnionn es estadounidense, de familia salvadoreña y también ha renunciado a muchas cosas por el hip hop. Su vida en el norte, su primera compañera, todo para seguir el sueño de los Pescozada, a quienes conoció en internet, y lanzarse a hacer rap en un alejado municipio de un pequeño país desconectado de la industria musical. Pero no se arrepiente.

Devil completa la idea de lo difícil que es ser exponente del hip hop y de la música en general en el país: «Los artistas estamos haciendo lo que humanamente podemos, sin dinero, sin tiempo y con una crisis encima, pagar la luz, pagar el teléfono, y hacer que el grupo camine. Que la carretera te lleve a un concierto, es casi imposible, te lo juro, y todos quieren gratis las cosas».

Los miembros de Pescozada caminan por las calles de Chalatenango para su sesión de fotos. La gente los voltea a ver como a unos exóticos papagayos, el anciano de los portales los reconoce. Estrellas musicales en un pueblo pequeño.

«Para la foto, salgamos en el paso peatonal como Los Beatles, pero descalzos, quemándonos los hongos», bromea Fat Lui.

LA PINTURA DE LAS CALLES

Es domingo y el crew de grafiti El Salvador descansa a la sombra de un muro en plena ciclovía de la capital.

Los chicos tienen reunión de trabajo en un restaurante de comida rápida. Este grupo, creado hace unos dos años, está formado por Néstor de 20 años; Efraín, 21; Ovidio, 23; Juan José, 18; Víctor, 21, y William Huevo, un conocido tatuador y también grafitero.

El crew ES es conocido por algunas pintas realizadas en los Planes de Renderos y otros puntos de la ciudad frecuentados por patinadores. Una de las primeras cosas que aseguran es que no son vagos. Tres de ellos estudian diseño gráfico y la mayoría están empleados por empresas conocidas de la capital y trasnacionales.

William enseña su portafolio, donde abundan diseños y caricaturas de personajes humanos y oníricos.

Víctor, *Scar*, asegura que su grupo está unido con base en el grafiti, como centro de su expresión gráfica.

Ovidio, *Hobbes*, explica su filosofía: «Arte no es solo el que está en los museos, sino también el que puede ser apreciado por alguien sin que tenga que pagar una cuota. Nosotros queremos hacerlo de tal modo que alguien pueda llegar sin distinguir raza, credo, ideología o presupuesto y apreciarlo».

El problema, dicen, es que esta expresión ha sido muchas veces relacionada con las maras,

pero creen que puede ser una alternativa para los jóvenes siempre y cuando el grafiti no incite a la violencia y no se haga de forma ilegal.

Destacan que la sociedad salvadoreña, a pesar de ser conservadora, poco a poco se ha ido abriendo a esta expresión y ya existen personas o instituciones que les han abierto sus puertas para que puedan pintar sus paredes.

Sus planes son, dice Hobbes, lucrarse con esta práctica estética, incursionado en el mercado publicitario, aunque tienen claro que no pueden vivir totalmente de ello, por lo que paralelamente trabajan en proyectos personales.

Néstor reconoce que su familia ha ido aceptando lo que hace, pero al principio le preguntaban qué pretendía, advirtiéndole que no se metiera en problemas puesto que la policía y los vigilantes siempre están atentos a combatir el grafiti ilegal.

Luego reflexiona sobre la esencia aglutinante de su tribu: «A lo largo de la historia, el hecho

de integrarse a un grupo y tener una finalidad en común ha sido una de las mayores fuentes de desenvolvimiento de los jóvenes. El grafiti puede ser una de las formas de sentirse integrado a un grupo».

El baile puede convertirse en algo frenético, también las ansias de encontrar un muro donde pintar. Pero el respeto a los otros se blande como un punto medular en la cultura hip hop. «Uno viene a dejar las energías aquí y luego no sale con ganas de hacer nada más», dice Richi, días después.

«Al break no le veo fin, una vez tuve un trabajo haciendo limpieza que hizo que no bailara en seis meses, no tenía ni fines de semana, sentí que no era yo, estar esclavizado sin poder hacer lo que a mí me gusta, que es bailar. Me despidieron, me sentí liberado y volví a sentir quién era yo», agrega Richi, quien sigue buscando empleo. Uno que no le interfiera con su prioridad vital: el baile.

A rodar mi vida skate

El sol está vertical sobre el asfalto. A la sombra; Pipi, 27 años, y Gabriela, 19, preparan sus patinetas para dejar la ciclovía y continuar el domingo en el parque Balboa en los Planes de Renderos. Avanzan rodando la calle. Son de Soyapango. Él se siente mayor, quizás para ella. Ella está perdidamente enamorada de él.

Gabriela tiene tres años y medio de patinar y Pipi, 11. El chico dice: «Ella compite no solo con otras chavas, sino también se le para a los novatos». Orgulloso, la mira a unos pocos metros mientras conversa. Se acercan. A dos voces, cuentan una de sus principales tragedias, cuando unos abusivos le robaron la patineta a Gaby, mientras ella subía al podio a recibir un premio. «Nos descuidamos», se queja Pipi.

Flaca, pequeña, pelo claro, Gaby tiene puesta ropa deportiva muy limpia y de moda, como su novio.

Ella es la reina que se cierne sobre unos 50 patinadores que se reúnen en el bulevar Constitución todos los domingos, y que forman parte de este grupo que comparte su pasión por el skate, una forma de vestir, un ritual de iniciación, el cual consiste en entender que la patineta no es un juguete. Es todo lo demás.

La tabla es la extensión del propio cuerpo del patinador, una herramienta para romper la gravedad,

amiga inseparable, tirana, que les chupará el dinero y las horas, amante intrusa, a quien pasarán meses y años intentando dominar y la que los llevará a los lugares donde conocerán a sus verdaderos amigos.

Una patineta cuesta alrededor de 120 dólares, una tabla de repuesto 60. Esto, sin contar lo que se gasta en rodos, accesorios y ropa.

Nelson, de 24 años, del grupo de Gaby y Pipi, lo explica con sus propias palabras: «Hay muchas personas que creen que se trata de vagancia, que la patineta es un juguete y por lo tanto creen que la persona es inmadura, tengo muchos amigos que son muy responsables, trabajan, estudian, igual que yo. Para mí no es un juego, sino algo que me identifica».

La mayoría de patinadores al principio ha encontrado oposición o crítica en su familia, pero luego, persistentes, logran que si bien no los apoyen, por lo menos no les impidan dedicarse a esta vida que se basa en atravesar las calles de la ciudad sobre una tabla. Y huir, muchas veces, cuando vigilantes privados los expulsan de parqueos o centros comerciales. Su queja es que no hay suficientes espacios públicos para ellos.

Gaby estudia ingeniería biomédica en la universidad Don Bosco y es capaz de pegar su patineta al cuerpo y girar. Ante la pregunta de si va a dejar la patineta por su carrera, ella hace un gesto de total asombro, como si la hubieran acusado de ser extraterrestre. «Yo no lo pienso dejar porque es mi estilo de vida, aunque tenga responsabilidades en la U o con mi familia»,

asegura. Pero, ¿qué tipo de estilo de vida? «Mi estilo de música, me gusta el ska, es lo que amo, mi estilo de vida diferente a las demás personas porque no me gusta ser igual que las demás, lo que me diferencia es que patino, ese es mi estilo de vida: estudiar, patinar y escuchar música».

Están cerrando la ciclovía, Gaby busca a Pipi con la mirada, él la ayuda con la mochila. Se van para los Planes de Renderos.

Horas más tarde, en el parque Balboa, cerca de las rampas para bicicletas y patinetas, descansan unos 40 patinadores. Pero estos son muy diferentes a los adolescentes de la ciclovía. Nos sentamos entre ellos, esperando a Gaby y Pipi, y un silencio sepulcral nos recibe. Están fumando marihuana y nadie está patinando, simplemente están reunidos, platicando en voz baja, con las patinetas en la mano.

Sus tablas están viejas y bastante maltratadas. La mayoría luce pantalones rotos y camisetas desteñidas, oscilan entre los 20 y los 30 años. Nos vamos. No es el grupo de Gaby y Pipi, quienes poseen unas patinetas más cuidadas y se ven diferentes. Impecables.

Luego de dar algunas vueltas por el parque, encontramos a la pareja, sentada en una banca de cemento, tomando gaseosa. De repente, dos policías atraviesan corriendo el cafetín, atrás los sigue un niño que les indica con la mano por dónde se ha ido el atacante.

Al principio, nadie entiende qué pasa, pero a los 10 minutos, los dos agentes regresan con una patineta recuperada en las manos, la que el



ladrón había arrebatado al niño y que en plena persecución dejó caer para poder huir.

El grupo de Pipi y Gaby arma su versión de lo sucedido y sospechan que el atacante es uno de los miembros del grupo de los otros 40 chicos que fuman marihuana en la pista de abajo. «Siempre hay *malillas*», dice Gaby. Y explica que el otro grupo es capaz de robar patinetas y atacar a quien se deje, por lo que ellos siempre se mueven con sus amigos.

«¡Hey, con cuidado, cuidá tu patineta!», le grita Gaby al niño que va corriendo hacia su familia, asustado, sosteniendo una tabla nueva.

Después del susto, Gaby y los demás dan algunas vueltas en las tablas. «Yo ya no voy a patinar hoy», dice Pipi, quien descansa al lado de la pista y platica.

¿Qué se necesita para ser un patinador? Dice Pipi: «Práctica más que todo, no toda esta época

ha sido color de rosa. Porque en estos 11 años gracias a Dios no me he quebrado, pero me he pegado unos golpes que no cualquiera puede soportar, hay unos momentos en que estás en tu cama y de repente te pasa esta idea de “no, ya no quiero patinar”, pero eso es cuando uno está deprimido». Pipi puede saltar con su patineta hasta 20 escalones.

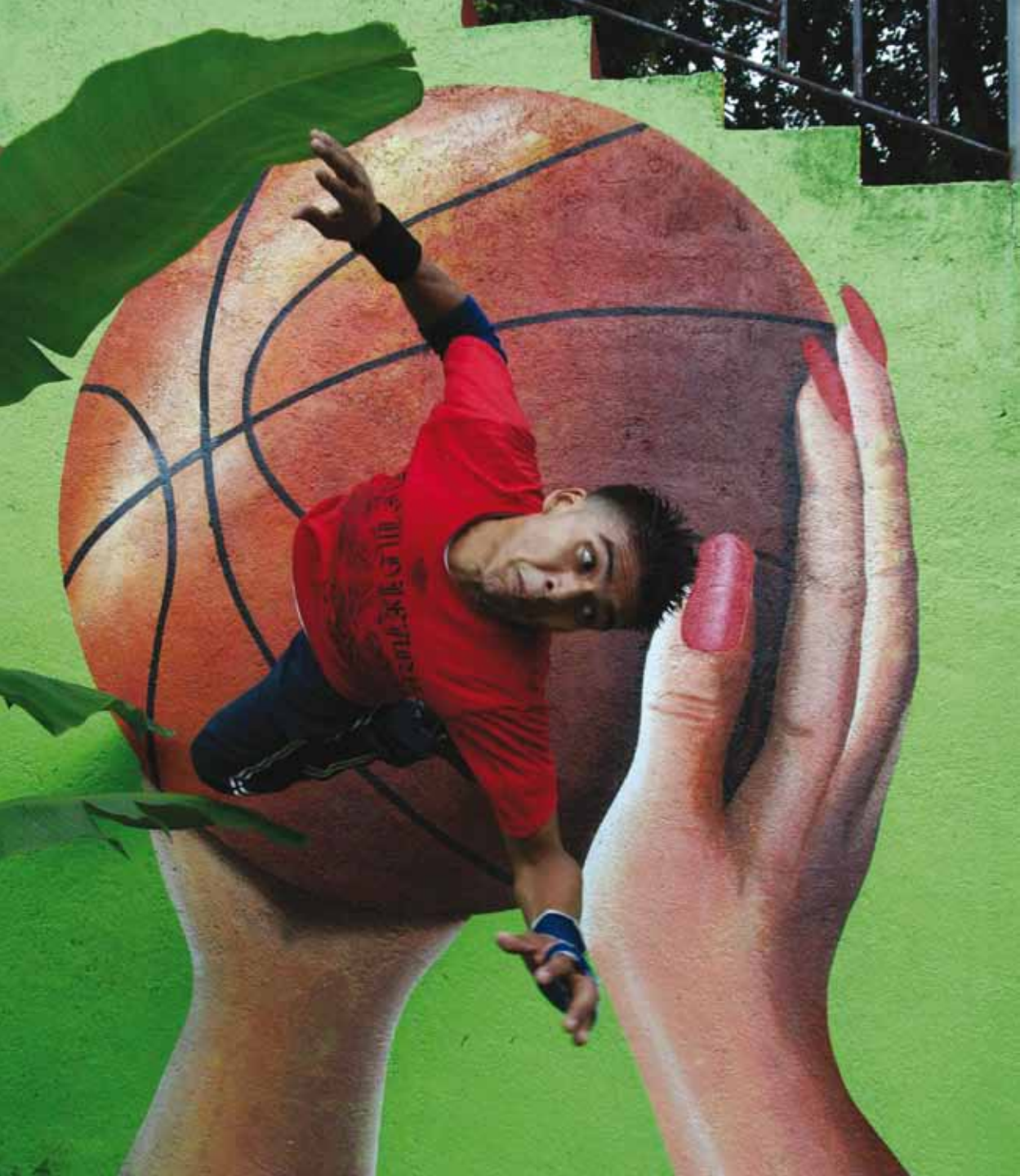
La tarde va cayendo, es hora de tomar uno de los últimos microbuses que van para el centro y regresar a casa.

Pipi reflexiona un poco más sobre lo que hacen: «Esto es muy ajeno a lo que son los golpes de Estado y las guerras, vos como patinador la dificultad que atravesás es conseguir una patineta, avanzar. Es algo que nosotros hemos adoptado, para bien, porque en realidad con tu patineta no le hacés daño a nadie, más que vos con tu cuerpo, a la patineta y ya, no así de dañarte, que venís y te cortás como los emos».

Se despiden, saludan a otra patinadora que también se va. Jackeline, de 20 años, quien carga su patineta en la mochila y a Kevin de un año y medio, en un bolso sostenedor para bebé.

El papá del niño los espera a unos metros y también sostiene una patineta. Como Gaby, Jackeline está orgullosa de ser una mujer y formar parte de este grupo mayormente de hombres. Contenta de que Kevin ya camina, se acuerda del día que por primera vez patinó junto a sus padres.

El parque va quedando solo. Huele a pupusas. Gaby y Pipi se toman de las manos, y se trepan al microbús que los deja en el centro de San Salvador.



Parkeur y el deseo de fluir

Es domingo y a las afueras del centro deportivo El Cafetalón, en Santa Tecla, los borrachos escuchan reguetón y se empinan jarras de cerveza espumosa. Adentro, la gente juega fútbol o básquetbol y pasea a sus perros. Al fondo, un grupo de cuatro chicos y un hombre adulto se estiran.

Todo empezó cuando Elvis, de 37 años, vio la película *Casino Royal*. Buscó en internet y descubrió algo que no conocía y que nunca había imaginado. A pesar de su edad empezó a practicarlo en solitario hasta que adolescentes de Mejicanos y Zaragoza lo contactaron por medio de la web, mientras hacían búsquedas sobre los ninjas. Y ahora forman parte del Sv Teampk.

Elvis dice que está orgulloso de lo que hace y asegura que su hijo de 15 años ahora le tiene más respeto, porque físicamente lo reconoce como a un igual. «Recuperé mi juventud», agrega y dice que no quiere ser como esos bolos panzones que a esta hora toman cerveza afuera de El Cafetalón y pasan pendientes de los resultados de los equipos de fútbol Real Madrid y Barcelona.

Lo que Elvis y sus jóvenes amigos hacen en cambio no es ningún deporte popular u olímpico.

Es algo que nació en Francia en los años ochentas y se llama parkeur, o arte del desplazamiento, que consiste en avanzar de un punto a otro, de la manera más fluida posible, utilizando las habilidades físicas del cuerpo humano.

Elvis explica que el parkeur consiste en saltar y fluir con eficiencia a través de una distancia más larga que el free running que incluye acrobacias pero que solo salta tres obstáculos máximo, o el tricking, que emula los saltos de la gimnasia olímpica pero fuera de una pista o gimnasio.

«El parkeur es como un orgasmo más largo», asegura.

A su alrededor están calentando los músculos William, de 23 años; Melvin, de 22; Josué, de 21, y Erick, de 16.

El papá de Erick los observa a unos metros porque no quería dejar solo a su hijo por el tipo de actividad que realiza. Además, es su primera reunión con el *team*, que se reúne cada 15 días.

Elvis es el más entusiasta del grupo, pero los demás son más ágiles. Aplaude cada dos por tres y da indicaciones con aplomo.

El líder subraya sobre sus compañeros que a pesar de ser de zonas populosas y a veces no tener



para comprarse equipo como ropa o muñequeras, superan cualquier carencia material con el empeño físico y el nivel que han alcanzado.

Asegura que de niños, todos los seres humanos fuimos parkeurs porque fluíamos libremente, saltábamos y escalábamos obstáculos, pero a medida que la sociedad nos fue educando, también nos robó la inquietud del movimiento. Hay que recuperarla, propone.

La exhibición comienza, y cerca de un enrejado, en la punta de un muro de unos cuatro metros, tres de los chicos empiezan a escalar, saltar de cabeza al vacío y hacer saltos mortales. Elvis y Erick están abajo, en alerta, por cualquier caída de sus compañeros.

Además, en menos de 20 segundos, los miembros del equipo son capaces de subir y bajar el enrejado de seis metros. Melvin y Josué aseguran que a veces los policías los han detenido al verlos entrenar, y sus amigos de la colonia en broma les dicen que están practicando para ladrones.

William es capaz de atravesar con un solo movimiento un carro cuatro por cuatro, o bien pararse arriba de él, saltar girando en el aire, y caer clavando sus piernas en el suelo. Lo hace, y sus compañeros aplauden.

Un grupo de niños descalzos de la comunidad cercana han estado viendo con la boca abierta y las manos en la quijada el entrenamiento del team, pero Elvis les advierte que no se les vaya a ocurrir hacer lo mismo, porque pueden salir descalabrados. Ellos insisten en hacer lo propio y Elvis los detiene cuando tratan de escalar el enrejado.

Melvin y Josué son de Zaragoza, y aseguran que es un orgullo para ellos que el parkeur tenga a dos de sus fundadores salvadoreños en esa zona populosa, violenta y olvidada. Sueñan con aparecer en la secuencia de una película, esa es su meta, han acordado.

Elvis quiere que esta actividad siga siendo privada, y no parte de una federación deportiva, pues cree que ello arruinaría la libertad y autonomía, principio de esta filosofía del fluir urbano. Cae la tarde, el team sigue tirándose de cabeza desde arriba del muro.



otakus Quisieran ser japoneses

Por lo menos una vez al año, cientos de adolescentes y jóvenes salvadoreños a quienes les encantaría ser japoneses o convertirse en una caricatura animada, se reúnen en el edificio del Instituto Centroamericano de Ciencias de la Salud (ICAS), en el campus de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), para la feria de animé organizada por el grupo *Yume no Tsubasa*, «Alas de un sueño».

Este tipo de personas son conocidas como otakus. En el mundo occidental, la palabra «otaku» es empleada para calificar a aquel aficionado a la animación y cultura japonesa. Mientras que en Japón es una palabra utilizada para referirse simplemente a un aficionado de algo, algunos consideran el uso de esta palabra un insulto.

Al llegar enfrente del ICAS ese mediodía, cualquiera se da cuenta inmediatamente de que se trata de «otro mundo», formado por adolescentes y adultos jóvenes que se sienten parte de una caricatura japonesa. Algunos han aprendido ya ese idioma, a punta de vídeos y de forma autodidacta.

Desfilan decenas de muñecos de fieltro rellenos con humanos, aparece una gigante bola de pelos blanca que camina y a quien todos abrazan. Ninjas, robots, espías, lolitas (muchachas vestidas de niña), entre otros muchos personajes animados. Dos chicas se están comiendo una pizza gigante en un concurso para poder ganarse un peluche.

Julio César, de 26 años, entra a la cafetería y todos dejan escapar una mirada o frase de admiración. Julio ha simulado a la perfección a Sonic, el muñeco azul de la vieja consola de Nintendo.



Luce una ajustada tela elástica en todo el cuerpo, unos zapatos de espuma gigantes y una cabeza de cartón cinco veces mayor que la suya. «Alguna gente cree que estoy loco», dice este estudiante de economía quien antes cursó estudios en un colegio evangélico donde sus compañeros le hacían un llamado urgente a la conversión.

César nunca ha tenido novia, es obseso del animé y cree que los videos y productos de estas caricaturas «no deben de ser una mercancía» sino fluir de mano en mano, como un intercambio cultural.

Una lolita muy guapa, mesera del café Cosplay, se le acerca

—Qué bonito tu traje ¿Quieres una gelatina de colores?

—No tengo dinero —le responde con voz aguda el chico, bajando la mirada.

—No importa, te la regalo.

La chica se escurre al mostrador y Sonic la sigue con la mirada.

Tal vez para algunos, disfrazarse de manga sea una opción para el ligue, como confiesa Daniel, de 26 años, quien va disfrazado del anaranjado Patamon —personaje que según él tiene mucho éxito con las chicas— y quien asegura, convencido, que no teme al ridículo.

La feria está en su apogeo. En el baño, un grupo de chicas trabaja durante horas para terminar sus disfraces de robots. En el segundo nivel hay una biblioteca de pasquines, una sala de consolas donde los jóvenes permanecen absortos a las pantallas y otra donde se exhiben bonsáis.

Adentro del auditorio se proyecta una película en la que un grupo de rock —constituido por monstruos— toca una canción decadente mientras someten a una mujer desnuda con cara de cerdo, hasta que entra el héroe en escena. En la pared de uno de los pasillos, un cartel busca baterista y bajista para una banda de «Animé rock».

Este ritual, esta feria, es esperada durante meses, dicen varios de los asistentes, hasta el punto que los subgrupos apartan rencillas para gozar del ritual.

En esta ocasión, los organizadores lanzaron una enorme convocatoria de concursos: dibujo mejor expresión, dibujo mejor personaje, manga tomo único o *one shot* (caricatura en serie), AMV (Anime Music Video), AMDV (Anime Music Drama Video), creación de rostro, karaoke, cosplay individual y grupal (disfraces), pintura sobre la serie *Saint Seiya: The Lost Canvas*, Animeparty (dados), Saint Seiya Sanctuary (juego para atravesar 12 templos), «*Macross do you remember love*», el cual consiste en hacer cambiar de opinión a los enemigos (público) a través del canto, Animemica (mímica de personajes anime) y hasta sumo.

Mientras, los vendedores —muchos también vestidos como caricaturas— ofrecen camisetas, gorros de personajes, golosinas y frutas con chocolate.

Abundan las poses, el dejarse ver, el tomarse decenas de fotos con los amigos. Continúa el desfile de un montón de Peter Pans que no quieren crecer y preferirían vivir en un mundo de Nunca Jamás, pero japonés.

Este libro es una publicación
del Centro Cultural de España en El

EMBAJADA DE ESPAÑA EN EL SALVADOR

Enrique Ojeda | Embajador de España
Luis Cacho | Consejero cultural

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA EN EL SALVADOR (CCESV)

Fernando Fajardo | Director
Mónica Mejía | Coordinadora de Programación
Lucía García | Comunicación
Marc Mallolís • Paula Álvarez | Gestión de programación
Rina Arévalo | Administración
Sandra Hernández | Auxiliar Administración
Antonio Romero | Diseño
Ligia Salguero | Mediateca
Diana Escalante • Roxana Montepeque • Raúl Hernández | Atención al público
Gustavo Mejía • Juan Alfaro | Mantenimiento
Mario Arévalo | Chofer
Rosa Pérez • Nery Martínez | Encargadas de limpieza
Carlos García | Mantenimiento de zonas verdes

Este libro es un proyecto editorial del Centro Cultural de España en El Salvador (CCESV), entidad que asume todos los gastos de edición, publicación y distribución. Se enmarca dentro de la Estrategia de Cultura y Desarrollo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y es gratuito, por tanto, queda prohibida su venta.

CCESV

